

BOULEVARD BRILLERA
PUNTO
ROJO

noches de vino y sangre

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



BURTON HARE

**NOCHES DE
VINO Y SANGRE**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 779
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 170 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1977

© Burton Haré - 1977

texto

© Alberto Pujolás - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.384 — La cita de los muertos.

En Colección **PUNTO ROJO:**

775 — Prohibido morir.

En Colección **LA HUELLA:**

117 — Una mortaja a medida.

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha de tez morena llegó a la fiesta y apenas sin saludar a nadie se desnudó, iniciando un baile lúbrico y salvaje como ningún otro.

No fue una exhibición de *strip-tease*.

Sólo llegó, riéndose, y se quitó las ropas.

Todas las ropas.

Su increíble cuerpo estaba tan moreno como su rostro. Le hacía a uno pensar en una diosa pagana, acariciada por el sol de los trópicos, con un fondo de palmeras y fronda espesa y verde, tan verde como sus ojos.

Danzó casi con frenesí, como si efectuara un ritual de algún culto ancestral y salvaje para aplacar al dios del deseo.

Luego terminó, recogió sus ropas y corrió hacia el jardín.

Uno no puede dejar escapar una ocasión semejante. Me puse de pie oyendo los comentarios de toda aquella fauna, sus risas y sus chistes obscenos, y trastabillé hacia el jardín.

Hasta que llegué al aire libre no me di cuenta de lo mal que estaban mis piernas.

Y mi cabeza. Estaba a punto de abandonarme.

Oí un rumor y lo seguí.

La diosa pagana estaba empeñada en meterse dentro de unos pantaloncitos hechos para otra que tuviera las caderas lisas. Aún estaba desnuda de cintura para arriba. Era un espectáculo tonificante.

—¿Puedo ayudarte? —ofrecí.

Me miró con ojos torvos. Sacudió la cabeza.

—Estás demasiado borracho para encontrar siquiera un botón de mis ropas.

—Haz la prueba...

—¿Cómo te llamas?

—Dan Farrell. ¿Y tú?

—Tania.

Al fin consiguió meterse dentro de los pantalones. Sus pies se deslizaron en unas sandalias doradas y luego levantó la delgada blusa.

No necesitaba ponerse nada más para mantener la pujante vitalidad de sus senos. Eran grandes y firmes como rocas.

Se anudó la blusa sobre el estómago.

—Hasta la vista, Farrell —dijo, y trató de alejarse.

—Bueno, no corras tanto, preciosa.

Me coloqué a su lado y caminamos por el sendero hacia donde estaban los coches.

Ella dijo:

—Supongo que tienes ideas sobre mí...

—Algunas.

—Por ejemplo...

—Estas cosas suenan mal, las digas como las digas. Lo mejor es llevarlas a la práctica.

—Así, por las buenas.

—Tampoco salen mal por las malas. Tania, eres una llama viva y yo quiero abrazarme.

—No hagas frases cursis. Sé muy bien lo que tú quieres. Pero no me gustan los borrachos.

—Eso es accidental. En realidad, vine aquí por negocios.

—¿Es un chiste, querido?

—Palabra de honor. Tenía un negocio que tratar con el gran Paul Shulman. El me dijo que viniera... Bueno, cuando llegué estaba en las últimas. Malas lenguas me aseguraron que había vaciado dos botellas él solo. De modo que no pudo hablarme. Luego, una rubia de pecho opulento cargó con él y desaparecieron en la casa... ¿Qué podía hacer yo?

—Emborracharte.

Bajo la luz de los faroles brillaban los cromados de los más caros modelos de autos de todo el mundo.

Ella se me quedó mirando al borde de la explanada de cemento.

—¿Piensas conducir en tu estado? —me espetó.

—Claro..., no estoy tan mal.

Se echó a reír.

—Estás peor. Vamos, te llevaré al centro. Me caes bien, aunque me condene si sé por qué.

Me guió hasta un maldito auto deportivo, pequeño, rojo, en el que habían de introducirle a uno con calzador. Me encontré sentado, con las rodillas en la cara, y ella arrancó con una sacudida que por poco no me hizo saltar la cabeza de los hombros.

—Este juguete puede alcanzar las ciento cincuenta millas sin que una se entere, Farrell —explicó—. Y si aprietas el gas a fondo, vuela.

—Lo creo, pero no tengo ningún interés en experimentarlo.

Me observó de reojo. Yo me sentía fatal.

—Me gustas —dijo de pronto—. Creo que no te llevaré al centro...

—Llévame a cualquier lugar donde haya una cama.

—¿Tan mal te encuentras?

—Una cama digna de una diosa pagana, quiero decir.

Oí su risa entre el bramido del motor y el zumbido del viento contra el parabrisas. Su larga cabellera negra ondeaba al viento y me sorprendí pensando en una bandera pirata agitada por un temporal.

Cuando dejó de reír dijo:

—Acaba de ocurrírseme el lugar ideal, querido...

—¿Tu apartamento? —aventuré, esperanzado.

—Mejor que eso.

—Entonces te refieres al mío. Tengo uno en...

—Nada de apartamentos. ¡El mar, Dan Farrell!

Casi di un salto, pero las rodillas plegadas a la altura de mi nariz no me ayudaron nada.

—¡Espera un minuto, diosa pagana! Si pretendes que me bañe en el mar en una noche como ésta, debes estar loca...

—¿Quién habla de meterse en el mar? Un lugar en la playa, cómodo, confortable, solitario y discreto, oyendo el susurro de las olas al pie de la ventana, el rumor de la resaca mezclándose con la música suave de una instalación de alta fidelidad... y tú y yo solos.

—Ese lugar no existe.

Acceleró de nuevo. El diminuto bólido rojo pareció echarse a volar, tal como había augurado ella antes. Me sujeté como pude y unos minutos después a la izquierda de la carretera apareció el mar.

No tenía nada de romántico. Era oscuro como el infierno, las olas estaban alborotadas y levantaban ingentes montañas de espuma al estrellarse contra las rocas.

Giró el volante y el escarabajo patinó al abandonar la carretera para internarse por un camino en el que empezó a dar saltos.

De pronto, frenó y dijo:

—Hemos llegado.

—¿Adónde?

—Mira.

Miré, claro. Vi una construcción de madera, grande y extremadamente lujosa. Entre la bruma que enturbiaba mis sensaciones, consideré que aquella choza debía costar una fortuna.

Estaba enclavada en unas rocas, sobre las mismísimas olas. Había una playa de arena fina rodeando el lugar. Todo estaba desierto y oscuro, y el ruido del mar en esa noche de marejada no me pareció tan arrullador como ella lo había descrito.

Caminamos por la arena hasta un estrecho sendero labrado en las rocas. Nos detuvimos en el porche y la vi inclinarse y trastear casi a cuatro patas.

—¿Qué diantres haces?

—La llave... tiene que estar por aquí.

La encontró debajo de una enorme jardinera de piedra, de la que se desbordaban unas plantas repelentes que no pude identificar.

—Ésta va a ser una noche perfecta —anunció mientras abría la puerta—. Te gustará el lugar.

—No me importa un sitio u otro. Me importa estar contigo.

Rió y encendió la luz.

Vi un gran *living* cubierto por una espesa alfombra. Enormes divanes y butacas parecían haber sido esparcidos a voleo, pero si uno se fijaba se daba cuenta de que se hallaban en los lugares perfectos ante la chimenea de bronce que ocupaba una buena parte de la pared.

—¿Es tuya esta choza, nena? —indagué, asombrado.

—No, claro. Pero ponte cómodo. Para los efectos, es como si lo fuera.

Había un bar en un rincón y fui a dar un vistazo.

Contemplé una hermosa colección de botellas de las marcas más afamadas del mercado. Todo allí era de primera calidad, incluida la

chica.

—Para mí —dijo— *bourbon* sobre las rocas.

—¿Y dónde está el hielo?

—Hay una máquina de cubitos bajo el mostrador.

—Qué cosas...

Pero los encontré. Sentía mis piernas como si fueran de algodón.

Preparé dos buenos tragos, decidido a aprovechar aquella ganga.

Le ofrecí uno y ella lo saboreó, mirándome con fijeza.

Pensé si lo que pretendía era adivinarme el número de mis calcetines, o mis años.

—No soy tan viejo —dije—. Sólo un poco más que tú.

—Tienes la edad perfecta, Dan. Lástima que estés bebido.

—Eso es una calumnia.

Manipuló en algún lugar oculto y una catarata de música sensual brotó de todas partes, envolviéndonos.

—Cuadrafonía —anunció, regulando el volumen.

La melodía se hizo más íntima al disminuir su estridencia. Tania apuró su vaso y en dos saltos estuvo junto al bar.

—Termina el tuyo, querido. Tenemos muchas cosas que hacer esta noche.

Apuré también mi *bourbon* y ella hizo un buen trabajo como anfitriona. El vaso que me ofreció era aún más generoso que el anterior.

Bebió un sorbo y dejó el vaso sobre la pequeña barra. Luego danzó perezosamente al compás de la música.

Me hundí en una butaca y casi desaparecí dentro de ella. Vi a la diosa pagana como se despojaba otra vez de todas sus ropas.

Era un espectáculo fascinante. Se movía con una gracia innata que convertía aquella acción en algo excitante de tan ingenuo.

Se quedó brillando bajo la luz tamizada. Un cuerpo de oro, maravilloso, tan hermosa que parecía imposible.

—Dime una cosa, diosa pagana... ¿Dónde tomas el sol para no tener zonas blancas en tu piel?

—En mi terraza. De vez en cuando, un helicóptero de la policía vuela por encima. Supongo que si mi terraza fuera un poco más grande intentarían aterrizar allí. Se ponen verdes girando y girando sobre mí... a treinta metros de altura.

Me reí y apuré el vaso. De pronto me entró una gran urgencia

por besarla.

—Ven aquí, Tania.

Me miró con ojo crítico. Me pareció que estaba muy lejos de mí, a una distancia inmensa, entre la bruma del amanecer.

No obstante, yo sabía que la tenía mucho más cerca.

Se aproximó más. Su cuerpo era una pura cadencia armoniosa, un puro equilibrio de movimientos desde la cabeza a los pies.

Se sentó sobre mis rodillas y su cara se inclinó poco a poco. Sentí su boca. Era realmente una llama.

Bueno, era el principio del eterno ritual del amor. Sólo que yo había bebido demasiado.

De pronto, ella se esfumó.

Se desvaneció en la nada y me pareció que me hundía en un oscuro abismo donde todo giraba como un torbellino. Intenté aferrarme a ella, pero la diosa pagana debía estar danzando otra vez porque yo no pude atraparla entre mis manos ávidas.

Me apagué como una vela en un huracán y ya no hubo nada.

Pude haber permanecido en el embrutecido mundo de la inconsciencia hasta el día del juicio final, sólo que no fue así.

Desperté y la cabeza empezó a dolerme tan pronto recobré el conocimiento. Sentí el estómago revuelto y me juré una vez más no volver a beber en el resto de mis días.

Ése era un juramento habitual de cada resaca. Luego, lo olvidaba como todo el mundo.

Sólo que ése en particular no lo olvidaría en el resto de mis días, porque al aclararse mi visión vi la sangre que empapaba la alfombra, y en medio de aquel mar rojo estaba el cuerpo dorado de la diosa pagana con un tremendo corte en la garganta.

Tania ya no volvería a danzar nunca más, ni desnuda ni vestida.

CAPÍTULO II

Estuve mucho tiempo mirándola incrédulo. Pensé que aquello era solamente una pesadilla.

Luego me entró el pánico, y las náuseas, y mi cabeza amenazó con estallar. Me levanté de la butaca donde aún estaba hundido y dando tumbos corrí hacia la puerta.

El aire del mar me azotó la cara cuando salí. Busqué el sendero y caí rodando por él hasta la arena. Creo que vomité.

Fui hacia donde habíamos dejado el coche rojo. A menos que todo aquello fuera una pesadilla del *delirium tremens*, el pequeño bólido rojo debería continuar junto al inicio de la playa.

No lo encontré por ninguna parte. Traté de pensar sobre la posibilidad de que lo hubiésemos aparcado en otro sitio, pero fracasé. Estaba seguro de que lo habíamos dejado justo donde me encontraba en aquellos momentos.

Necesitaba ayuda. Y pronto.

Me fui rumbo a la carretera con todo girando a mi alrededor, un torbellino ruidoso dentro del cráneo y sintiéndome vacío por dentro, asquerosamente vacío.

Cuando abrí los ojos nuevamente era de día. Un día joven aún, con el sol asomando apenas. Estaba tendido, naturalmente, pero no en el lugar donde debiera haber estado.

Aquello era un jardín. Un prado de césped hermoso y brillante sobre el que yo estaba tirado, junto a un macizo de arbustos.

Levanté la cabeza y me pareció como si fuera a desprenderse de mis hombros. Pero vi la casa al fondo, un buen *bungalow*.

Mientras estaba mirándolo, del césped se alzaron multitud de artilugios. Fue como si un regimiento de serpientes levantasen de pronto la cabeza.

Estaba mirando aquel milagro, aturdido y asombrado, cuando empezaron a girar esparciendo chorros de agua en torno.

El agua fría me empapó en unos segundos, antes que pudiera ponerme a salvo. El sistema de riego automático funcionaba a las mil maravillas, tan perfecto que cuando huí de los torbellinos de agua estaba chorreando como si acabara de salir de la ducha.

Sólo que nadie en sus cabales se mete vestido bajo te ducha.

Comencé a caminar. Las piernas apenas me sostenían.

Entonces oí una voz:

—¡Eh, usted! ¿Qué demonios está haciendo aquí?

Me detuve, viendo acercarme un hombre por un sendero de piedra. Sólo tuvo que darme un vistazo y comprendió.

—¡Un maldito borracho! —bufó indignado—. Y sólo se le ha ocurrido meterse en mi jardín... ¡Largo de aquí antes que llame a la policía!

—Espere... necesito ayuda. Ha ocurrido algo espantoso.

—¡Largo!

—Yo no...

—¡Fuera he dicho!

Señalaba la calle con un dedo rígido que temblaba de indignación.

De modo que me largué. No quería cuentas con la policía en aquellos momentos. Ya habría tiempo para informar..., porque yo debía informarles de lo sucedido.

Los coches pasaban como rayos por la amplia avenida. Caminé sobre mis inseguras piernas bajo la sombra de los árboles que alegraban las aceras, hasta que descubrí un taxi y le llamé.

El conductor me miró con desconfianza.

—No se preocupe por las apariencias. Lléveme al cruce de La Brea y Las Palmeras.

Gruñó algo, pero me admitió a pesar de mi apariencia desastrosa.

Mi apartamento no era grande, pero sí confortable. Me había costado una fortuna amueblarlo. Pero una vez en él, uno se sentía un reyezuelo independiente.

Esa mañana en particular entré en él lleno de recelo. No estaba seguro de nada. Ni de lo que había visto en la casa de la playa, ni de que yo fuera realmente Dan Farrell, un tipo duro que se suponía acolchado contra todos los dramas de este mundo.

Me desvestí para darme una larga ducha. Después engullí una

barbaridad de aspirinas y preparé café, fuerte y sin azúcar.

Después de todo eso no me sentí mejor, pero por lo menos cumplí con el ritual.

Tras esto me senté, encendí un cigarrillo y empecé a reflexionar.

Al fin descolgué el teléfono y marqué el número de Paul Shulman.

Respondió una voz femenina, tan cálida como un bloque de hielo.

—Soy Dan Farrell —anuncié—. Quiero hablar con el señor Shulman.

—El señor Shulman todavía no ha venido a la oficina, señor Farrell. Si lo desea, le indicaré que usted ha llamado.

—Por favor, hágalo.

Colgué. Era lógico que después de una noche de orgía, el gran magnate de Hollywood no estuviera aún en su oficina.

Los dolorosos latidos de mi cabeza no cesaban, y el café negro no había resuelto el problema de mis náuseas ni la desagradable sensación de estar masticando basura.

Encendí otro cigarrillo. Media hora más tarde intenté llamar de nuevo a Shulman.

—Lo lamento mucho, pero el señor Shulman aún no ha venido. Tengo anotado que usted desea hablar con él, señor Farrell.

—Gracias, encanto. ¿Acostumbra a llegar tan tarde?

—No frecuentemente...

Colgué.

No podía hacer nada sin hablar antes con él. El gran sapo de la Industria no me perdonaría nunca si le metía en un lío, y yo vivía, y vivía bien, gracias a los tipos como Paul Shulman.

Así que volví a dar trabajo a la máquina de pensar, que esa mañana en particular debía tener alguna pieza descompuesta porque me costaba mucho ponerla en funcionamiento.

Pasé revista a todo lo que recordaba. Cuando llegué a la escena de sangre en la alfombra la cosa se estropeó.

Intenté de nuevo comunicar con el que debió haber sido mi cliente si no se hubiera emborrachado, pero el gran hombre continuaba durmiendo la resaca de la noche anterior. La secretaria me aseguró que el señor Shulman me llamaría tan pronto llegara a su despacho y colgó, un tanto fastidiada por mi insistencia.

Bueno, algo había que hacer.

Me largué del apartamento y entonces recordé que mi coche había quedado en el aparcamiento de la residencia Wilburn, lugar donde se había desarrollado la fiesta. En cierto modo, eso me daba un pretexto para iniciar mi peregrinaje de esa mañana fatal.

Un taxi me condujo hasta la verja, que estaba cerrada.

El hombre que acudió a mi llamada vestía uniforme de chófer y tenía cara de pocos amigos.

—¿Un coche abandonado anoche, aquí? —Gruñó al oírme. Sacudió su orgullosa cabeza—. Supongo que se refiere usted a ese «Corvette» color crema...

—Ni más ni menos.

Sólo entonces abrió la verja y me precedió hacia la explanada de aparcamiento. Mi coche era el único que quedaba allí.

—Lo vi esta mañana, pero pensé que pertenecía a alguien que anoche se había quedado en la casa —explicó.

—¿Está aquí aún el señor Wilburn?

—Ciertamente...

—Entonces, le saludaré antes de irme.

Titubeé, pero debió pensar que un invitado a la orgía privada del magnate tenía derecho a agradecer la distinción y acabó guiándome hasta la enorme residencia.

Patrick Wilburn era un hombre rechoncho, jovial, con cara de luna llena. Se comentaba que tenía tras él tanto poder y tantos millones, que si de repente los retirara de sus cuentas, media docena de Bancos quebrarían.

Estrechó mi mano riéndose entre dientes.

—Pilló una torta de campeonato anoche —comentó.

—Lo sé. Aún me siento como si flotara.

—Bien, espero que en otra ocasión consiga usted divertirse un poco más. Su amigo Shulman lo pasó bomba. ¡Qué noche la que vivió!

—El me citó aquí y...

—Lo sé, preguntó por usted cuando se despejó un poco.

—Dígame una cosa, señor Wilburn... ¿Quién era la chica que bailó desnuda?

Pensé que sus ojos iban a caerle de la cara, tan asombrado se quedó.

—¿Una bailarina desnuda? —boqueó—. ¿Anoche?

—Seguro. Se llamaba Tania. Ya sabe..., se quitó las ropas y bailó de un modo... este... excitante.

—Amigo, se emborrachó usted hasta un grado alarmante. Anoche no hubo ningún espectáculo de ésos.

Estuve a punto de caerme de espaldas.

—No bromea —dijo, alarmado—. Yo la vi..., la vieron todos los que estaban en el salón. Y se llamaba Tania.

—Oiga, Farrell, empieza usted a alarmarme. No quiero decir que una bailarina desnuda en mis fiestas sea nada que deba ocultar... Otras veces las ha habido, y cosas más excitantes aún. Pero no anoche.

—Entonces, ¿cómo me marché yo?

Se rió entre dientes.

—Usted no se marchó, Farrell. Se lo llevaron.

—¿Qué?

—Le encontramos tirado en el jardín. Se había quedado dormido, o inconsciente a causa de la bebida.

Pedí a dos de mis invitados que le llevaran a su casa cuando se fueron. Así se marchó usted.

—¿Quiénes hicieron esa obra de caridad?

—Gil y Jonathan.

—¿Quiénes?

—Gil Marshall y Jonathan Steeli. Hay que reconocer que ese par de tunantes también estaban muy «cargados», pero accedieron a llevarlo y entre los dos le metieron en el coche de Steeli.

Era para volverse loco.

Entonces, todo había sido una pesadilla de borracho.

Esta vez sí que me juré a mí mismo no volver a beber un trago en el resto de mi vida.

Y en aquellos momentos estaba dispuesto a cumplir el juramento, palabra.

CAPÍTULO III

Detuve el «Corvette» delante del prado que circundaba la casa de Steeli. En medio del césped había un gran cartel con el nombre de Jonathan Steeli, nada más.

No necesitaba ninguna publicidad porque ya tenía la fama ganada. Era el mejor fotógrafo publicitario de la Costa, y sus trabajos para la industria cinematográfica le permitían vivir como un potentado, y le dejaban tiempo suficiente para algunas chapuzas más, que contribuían a engrosar sus cuentas bancarias.

Lo encontré tumbado en un diván, con cara macilenta.

Leía una revista y no pareció feliz de verme.

—Hola, Farrell —boqueó—. La pilló buena anoche.

—Eso oí decir.

—¿Es que no lo recuerda?

—Nada.

Hizo una mueca y arrojó la revista a un lado.

—Siéntese si quiere. Tengo quince minutos libres aún. Después llegarán las chicas para una serie de ropa interior y estaré muy ocupado.

—Ropa interior, ¿eh? El suyo debe ser un trabajo muy divertido.

—No tanto como la gente cree. Esas modelos son tan frías como el hielo. No sienten nada, y a mí las mujeres me gustan cálidas, que colaboren, ya sabe lo que quiero decir.

—Creo que sí. Oiga, Steeli, tengo entendido que usted y Marshall me sacaron de la fiesta, anoche... para llevarme a casa.

—Cierto. Fue nuestra buena obra del día.

—La dejaron en la mitad entonces, porque desperté en un jardín privado.

Desvió la mirada, apurado, y encendió un cigarrillo.

—Bueno..., lo siento de veras. Yo tampoco estaba en muy buenas condiciones. Había bebido mucho y tenía mucha prisa. La

pelirroja me acuciaba todo el tiempo.

—¿Pelirroja?

—Trudy, ya sabe... Estaba impaciente. De modo que detuve el coche en aquel paseo y le invité a usted a apearse. Reconozco que fue una mala pasada. Usted apenas se sostenía de pie. Le dejamos allí... y recuerdo que había un extenso jardín junto a la acera. Debí meterse usted en él cuando nosotros nos fuimos.

—No es ningún consuelo, pero por lo menos me aclara el misterio de cómo llegué a aquel jardín.

—Bueno, ¿quiere un trago? Sólo para demostrarme que no me guarda rencor.

—Anoche juré que no volvería a beber en mi vida.

Rió sin alegría.

—Eso mismo he jurado yo, cada amanecer después de una juerga. No sirve de nada, Farrell, créame.

Se levantó. Sus pasos eran pesados cuando se dirigió a un rincón donde preparó dos vasos.

El *whisky* era de primera calidad y lo saboreé, ahogando las voces de reproche de mi conciencia.

—Así que se llevó usted a la pelirroja —comenté.

—Seguro. Es una chica ansiosa, y no sólo por compartir una cama. Cualquier cama. Está ansiosa también de promoción. Tiene la seguridad de que alcanzará el estrellato... con un poco de ayuda. No vale la pena desilusionarla.

Asentí. Muchachas con esas mismas ideas las hay a millares en Los Ángeles y Nueva York.

Apuré el *whisky* y me despedí. El tuvo la gentileza de acompañarme a la puerta.

Allí, antes de salir, le pregunté:

—Oiga, quizá usted pueda aclararme una duda...

—Pregunte.

—¿A quién pertenece el *bungalow* de la playa?

Arrugó el ceño, intrigado.

—¿Qué *bungalow*..., y en qué playa?

—Regístreme..., no lo sé.

—Pues sí que es como para aclarar nada. ¿No sabe en qué playa está?

Sacudí la cabeza, desalentado.

—Entonces, olvídelo, Farrell. De todos modos, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Nada, supongo. Era una posibilidad. Supongo que sí sabrá usted, por lo menos, quién era la bailarina que se desnudó en la fiesta. Se llamaba Tania.

Me contempló preocupado.

—¿Quiere decir, en la fiesta de anoche?

—Claro.

—Farrell, debía estar usted mucho peor de lo que creí. Anoche no hubo ninguna bailarina desnuda... Por lo menos, mientras yo estuve allí. Y como me lo llevé a usted conmigo, supongo que después tampoco, porque usted no pudo verla.

—Claro...

—Oiga, ¿de veras se siente usted bien, Farrell?

—Estoy preocupado por una pesadilla que tuve.

Se rió, otra vez sin ninguna alegría.

—Yo también las he sufrido cuando he bebido tanto como usted anoche —confesó.

Estrechó mi mano y cerró la puerta.

Cuando llegué junto a mi coche, un «Cadillac» blanco se detuvo y se apearon dos monumentos con faldas. Me miraron sin demasiado interés y luego se fueron hacia la casa.

Las modelos empezaban a llegar. Envidié el trabajo de aquel gusano de Steeli, porque aquellas dos señoras, en ropa interior, debían ser como para dejarle a uno sin aliento.

Despegué el coche de la acera y me fui a mi despacho.

Continuaba teniendo mal sabor de boca a pesar del *whisky* y eso me preocupaba.

Eso y otras cosas, claro.

Sobre la puerta de mi oficina había una plaquita dorada y elegante, sin estridencias. Contenía mi nombre grabado, y debajo una sola palabreja: «INVESTIGACIONES».

Así, sin más.

Yo tampoco necesitaba publicidad, porque la clase de clientes que me daban trabajo odian ver sus nombres mezclados con el de un detective privado en la prensa.

Así, aquella palabreja podía significar cualquier cosa, desde investigaciones químicas a prospección de mercados.

Quien me necesitara ya sabía de sobra a qué atenerse.

Entré y descolgué el teléfono.

La voz profesional de la secretaria de Shulman rebotó en mi oído, seca y carente de cordialidad.

—Soy Farrell otra vez —dije—. ¿Puedo hablar ya con el señor Shulman?

—Lo lamento mucho, señor Farrell, pero el señor Shulman no vendrá a la oficina hoy.

—¿Cómo es eso?

—Telefoneó diciendo que estaba indispuesto.

—Así debe haberse quedado en su casa...

—Naturalmente, pero allí no acepta nunca comunicaciones profesionales.

—Deje eso de mi cuenta.

Llamé al número privado del gran sapo.

Hube de esperar una eternidad, y al fin una voz de hombre, educada y seca, preguntó quién llamaba.

—Dan Farrell. Deseo hablar con el señor Shulman. Es urgente y...

—Lo lamento...

—¡Déjese de lamentaciones y comuníqueme con él! El señor Shulman me citó, está impaciente por hablar conmigo.

—Está indispuesto, señor, y no acepta hablar con nadie.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Bueno, después de todo, yo no necesitaba el dinero de Shulman para seguir comiendo. Lo mandé mentalmente al diablo, encendí un cigarrillo y me recosté en el sillón basculante.

Si había vaciado un par de botellas para empezar la noche, y después había sostenido un combate con una rubia de pecho opulento, y si además había seguido bebiendo, que era lo que cabía esperar que hubiera hecho, no me sorprendía en absoluto que estuviera enfermo. Shulman ya no era ningún jovenzuelo para resistir esos estragos sin sufrir las consecuencias.

De modo que dejé de preocuparme. Si cuando estuviera otra vez en condiciones aún me necesitaba, ya llamaría.

Lo que realmente me preocupaba era todo lo demás.

La bailarina desnuda que no había existido, la casa de la playa, la alfombra empapada de sangre y el cuerpo dorado con la cabeza

casi separada del tronco por una salvaje cuchillada... Esta pesadilla sí que me llenaba de zozobra, porque si sólo había existido en mi imaginación saturada de alcohol, podía significar un serio aviso del inevitable *delirium tremens*.

Pero si no era imaginación, si aquello había existido, entonces era como para preocuparse mucho más, entre otras razones, porque pensándolo bien, yo podía ser acusado de asesinato.

O ser un asesino.

Me negué a considerar esta idea. No había existido ni la sombra de un motivo para que yo matara a una chica a la que apenas conocía, y que se disponía a trasladarme a los más sofisticados paraísos del placer sexual.

A menos, claro está, que la demencial borrachera me hubiera convertido en una bestia incapaz de controlarse.

Pasé horas solo en mi despacho, debatiéndome en aquel mar de dudas e incertidumbres.

Al fin decidí abandonar la lucha. Me rendí a la evidencia de que yo había sufrido una especie de crisis mental producida por el exceso de bebida. Llegué a la conclusión de que todo aquello no había sido otra cosa que una pesadilla demencial a tener muy en cuenta para el futuro, y me largué de la oficina dispuesto a beber sólo con cuentagotas, a partir de ese momento.

Pasé un día anodino. Fui al cine, comí cualquier cosa en cualquier parte, y con la cabeza zumbándome acabé aterrizando en mi apartamento cuando ya era noche cerrada.

El teléfono escandalizaba al abrir la puerta. Lo atrapé de un zarpazo y grité:

—¡Farrell al habla!

—¿Dan Farrell? —preguntó una voz de mujer.

—El mismo.

—Estuve llamándole a su oficina durante horas y horas...

—Ya me ha encontrado. ¿Quién es usted?

—Me llamo Connie Landa. Quizá me recuerda usted, Farrell.

—No en este momento.

—No importa. Vivo en el seiscientos nueve de Mormón Road. ¿Le importaría venir ahora? Es algo muy importante.

—¿Importante para quién?

—Para usted... y para mí. Y hay mucho dinero en juego.

—Ése es un buen argumento.

—Estaré esperándole, Farrell.

Y colgó.

Traté de recordar quién era Connie Landa. Ella parecía pensar que yo debía conocerla.

No pude recordarla, pero de cualquier modo regresé al coche y emprendí el camino de Mormon Road.

CAPÍTULO IV

Fue un viaje largo, porque las señas correspondían a un lugar cercano a Hollywood, uno de esos parajes erigidos para los afortunados que han logrado encaramarse en la industria, o los que esperan encaramarse a ella y entretanto admiten la ayuda financiera de quienes, ya encumbrados, no regatean los gastos de sus diversiones más o menos privadas, más o menos discretas.

El 690 era una casita en la que cualquiera se sentiría feliz de vivir, si no fuera por los impuestos. Había luz en una ventana, así que la dama me esperaba tal como había prometido.

Atravesé el jardín, llamé a la puerta y el techo se desplomó sobre mi cabeza.

Fue algo diabólico, un impacto que me dejó tirado en la hierba con un millón de campanas repicando en mi cerebro.

Vi unos pies grandes acercarse. Luego, uno de los pies zumbó y acabó hundiéndose en mis costillas. Conseguí atraparlo cuando se retiraba y entonces una voz ladró:

—¡Acáballo, estúpido!

Una bomba explotó junto a mi oreja y se acabó.

Cuando volví a vivir fue como si saliera de un profundo pozo negro. Gimoteé arrastrándome por el suelo y entonces vi la puerta abierta y un interior oscuro. Todo daba vueltas alrededor y el dolor que proyectaba mi cerebro se extendía en agudas oleadas por todo el cuerpo hasta las plantas de los pies.

Conseguí incorporarme y sujetándome en la puerta me levanté.

—¿Hay alguien ahí? —indagué antes que mi voz se quebrara.

No hubo respuesta alguna. Entré y busqué la luz, y cuando se encendió vi un *hall* reducido, puertas y algunos muebles, y una línea de luz filtrándose por debajo de una de las puertas.

Fui hacia ella dando traspies. Cada vez que aspiraba aire, mis pulmones protestaban. Debía tener algunas costillas hechas migas a

causa del puntapié, seguro.

Quiero decir con todo esto, que me sentía fatal cuando empujé aquella puerta.

Al abrirla me sentí mucho peor.

Debían haberla golpeado terriblemente en la cabeza, y la suya no era tan dura como la mía. La sangre convertía sus largos cabellos rubios en una masa roja, pegajosa y siniestra.

Hube de apoyarme en el umbral porque mis piernas estaban tan flojas que temía caer de bruces.

Había sido una mujer de cuerpo firme y opulento, una de esas damas que provocan tortícolis en los hombres cuando transitan por la calle.

Ahora estaba muerta y no era atractiva ni mucho menos.

Cuando estuve seguro que mis piernas me sostendrían, y aseguré mi cabeza sobre los hombros, me aproximé al cadáver y lo miré de más cerca. No era un espectáculo para cardíacos.

Después miré en torno y no capté el menor signo de desorden. No habían peleado, no se había defendido. Simplemente, habían entrado, golpeándola sin más hasta matarla.

Bueno, yo ya estaba allí y tenía prioridad sobre los polizontes, e incluso sobre los mismos asesinos. Inicié un somero registro sin saber exactamente lo que buscaba, pero empujado por una acuciante sensación que en aquellos momentos no traté de explicarme.

Estaba a punto de abandonar, cuando lo encontré.

Fue algo inesperado, que no pude haber sospechado ni remotamente que estuviera allí.

Creo que desde que recibiera la urgente llamada de aquella mujer, había tenido el convencimiento de que, fuera lo que fuese que ella quería tratar conmigo, estaba relacionado de algún modo con mi sangrienta pesadilla de la noche anterior.

Había sido como un presentimiento, un palpito, una corazonada. Llámese como se llame.

Y había acertado.

Miré la fotografía y un extraño frío se extendió por mis nervios hasta el punto de congelación, porque la cara que estaba mirándome a su vez desde la brillante cartulina era la de una mujer degollada.

Era la cara de la diosa pagana, la bailarina desnuda que me había llevado en su coche a un lugar imaginado como paraíso y que había acabado convirtiéndose en un infierno.

Devolví las otras fotografías al cajón donde las había encontrado y me guardé aquélla. Mis dedos temblaban.

Di un último vistazo al cadáver de la opulenta mujer rubia. Connie Landa ya no necesitaría más esa vivienda como signo de su posición.

Ella me había preguntado por teléfono si la recordaba. Su nombre, desde luego, no significaba nada para mí. Su cara, tal vez tampoco, pero despertaba algún recuerdo confuso en mi mente.

Salía de aquella casa dejando la luz encendida del dormitorio donde ella yacía. Pensé fugazmente que mi deber era informar a la policía de cuánto había sucedido, pero lo dejé correr porque mi situación no era muy segura en todo el maldito embrollo. Si yo conocía a los polizontes, y les conocía bien, lo menos que pensarían sería que, por lo menos a la chica de la playa, la había liquidado yo.

Conduje el coche de vuelta a casa, ahora con nuevos y más acuciantes problemas agitándose en mi cerebro.

¿Por qué habían intentado convencerme de que la diosa pagana cuyo nombre era Tania no había existido?

¿Quién me había trasladado desde la casa de la playa hasta aquel jardín de riego automático donde había despertado?

Y ahora, ¿por qué habían matado a esa chica rubia antes que pudiera hablar conmigo?

¿Y quién era esa rubia llamada Connie Landa?

¿Y...?

Había un sinfín de preguntas sin respuesta. Un torbellino de violencia y de muerte en el que me veía sumergido sin una maldita razón.

Bueno, sí alguien quería jugar duro, ahora jugaríamos a mi modo, y si de algo estaba orgulloso era de no haber respetado jamás una sola regla del maldito juego, si se trataba de obtener resultados para mi cliente.

En este caso, mi cliente era Dan Farrell, y el problema a resolver, seguir viviendo con la cabeza sobre los hombros.

Quiero decir con eso que muy pronto alguien iba a salir descalabrado.

Las oficinas de Paul Shulman mostraban toda la descarada riqueza que cabe esperar de quien invierte todos los años algunos cientos de millones en producciones cinematográficas.

Eran ostentosas, con un desprecio absoluto por el buen gusto y una adoración enfermiza por los decoradores esquizofrénicos y carísimos.

Llegar hasta el gran sapo ya era difícil de por sí, pero en esa ocasión, apenas iniciado el trabajo de la mañana, resultó una tarea poco menos que imposible.

Conseguí escalar peldaño tras peldaño hasta la primera secretaria privada del magnate. Era la misma dama con la que había hablado por teléfono varias veces y que nunca había visto.

Y valía la pena verla.

A pesar de sus gafas.

A pesar de su vestido liso que intentaba ocultar las soberbias curvas de su cuerpo y a pesar de la frialdad que ella proyectaba a través de los cristales de los lentes.

Pero su boca era carnosa y turgente, y lo que uno adivinaba bajo aquella especie de saco que vestía eran suficientes motivos para no olvidarla.

—El señor Shulman sigue indispuerto, señor Farrell —me dijo tras escucharme—. No creo que venga hoy tampoco al despacho.

—Hermana, una resaca no dura dos días y sus noches. ¿Está segura que no ha llegado ya?

Sacudió la cabeza.

—Soy su secretaria personal. Debo saberlo —dijo con impaciencia.

—Usted sabe que él no ha venido. Y si es tan personal su cargo, sabrá que Shulman me citó para la otra noche..., parecía muy apurado cuando habló conmigo.

—Sé que habló con usted por teléfono. Me pidió que estableciera la comunicación. Eso es todo.

—Oiga, encanto, ¿no podría dejar de ser tan profesional por unos momentos? Necesito hablar con su jefe.

—Me pagan por mi profesionalidad nada más, señor Farrell.

La examiné con ojo crítico. Llegué a la conclusión de que era una de esas damas con las que no valen trucos.

—De acuerdo —me rendí—. ¿Aceptaría cenar conmigo esta

noche?

Dio un respingo y me fulminó con la mirada.

—¿A qué viene esa absurda invitación? —me espetó.

—No tiene nada de absurda. Sólo tengo una esperanza...

—¿Cuál?

—De un tiempo a esta parte, cada mujer que sale conmigo es asesinada, ¿sabe? La liquidan. Me gustaría probar con usted... sólo para ver si continuaba tan inalterable con un cuchillo acariciándole el cuello.

Le hice un saludo burlón y me largué.

Su insulto rebotó contra mis orejas justo cuando cerraba la puerta.

Descendí de aquel emporio de riqueza en un elevador semejante a un cohete espacial. Cuando se abrieron las puertas automáticas en la planta baja, un engalanado portero me cerró el paso.

—¿Es usted Dan Farrell, señor?

—Seguro.

—La señorita Frank le ruega que regrese a su despacho, por favor.

—¿Qué señorita Frank?

—Lucille Frank, la secretaria personal del señor Shulman, naturalmente.

—Naturalmente —dije, y entré de nuevo al elevador.

Estaba esperándome de pie esta vez.

Así pude verle las piernas. Eran largas, perfectas, deliciosas. Uno podía hallar docenas de adjetivos con que calificarlas. No tenían nada que envidiar al resto de su espléndida anatomía.

—Siéntese, por favor, señor Farrell —dijo.

Lo hice frente a ella. Cuando regresó detrás de su Inmenso escritorio, perdí la visión de sus piernas.

—Lamento no haber sido más razonable hace unos minutos —murmuró—. El caso es que estoy preocupada. Muy preocupada.

—¿Por qué? Y olvidé lo sucedido antes, yo tampoco me porté con mucha corrección.

—Se trata del señor Shulman...

—Está indispuerto. Usted lo dijo.

—Ahí está el problema. Eso es lo que afirman en su casa cuando llamo. Hay una serie de problemas urgentísimos que deben ser

resueltos por él personalmente. Pero no me permiten siquiera hablarle por teléfono.

No es normal. Jamás había sucedido una cosa semejante.

—Un momento. ¿Qué es lo que quiere decirme exactamente?

—No lo sé. Usted es detective..., el señor Shulman, confiaba en usted. Le oí decir que era el mejor de cuántos trabajaban para la industria. Y ahora... es como si su propia familia quisiera impedir que nadie comunique con él.

—Ni siquiera usted.

—Ni siquiera yo.

—¿A quién le oyó hablar de mí?

—Fue solo un instante. Entré para servirles café y oí esas palabras. El señor Nelson Buck estaba con él.

—¿El director de las grandes superproducciones?

—El mismo.

—¿Qué piensa usted que está sucediendo con Shulman? Usted le conoce bien.

—No puedo explicármelo. El sabe bien que su presencia aquí es imprescindible, sobre todo estos días.

—¿Qué pasa de particular estos días?

—Se está decidiendo la financiación de la próxima película. Sin él no se puede dar un solo paso adelante.

—Ya veo...

—Por favor, ¿me dirá usted si consigue verle?

—Se lo diré esta noche si cena conmigo.

—Eso es jugar con ventaja, señor Farrell.

—Siempre fui un ventajista. Incluso cuando juego a cartas hago trampas.

Sonrió.

—¿No tengo ni una posibilidad de que me informe sin mediar la cena?

—Ni la más remota.

—Habré de resignarme... A las ocho estaré esperándole.

Escribió unas señas en un papel y me lo ofreció.

Cuando ya me dirigía a la puerta, dijo aún:

—Me excita la perspectiva de ser asesinada, como dijo usted antes.

—Si eso ha de suceder, juro que la protegeré con capa y

espada...

Cerré la puerta y me fui.

Esta vez nadie me cerró el paso.

CAPÍTULO V

Paul Shulman también vivía a lo grande. Esa gente necesita moverse en un escenario realmente fastuoso para mantener la eterna ficción del mundo de celuloide que ellos mismos se han creado.

No importa que en ocasiones no dispongan de un centavo. Las películas se filman a base de grandes créditos, complicadas combinaciones de préstamos, anticipos sobre distribución y otros mil trucos que convierten la financiación del cine en uno de los más enrevesados negocios de cuántos existen.

Pero tienen que mantener el tipo, mantener la apariencia de riqueza, porque esa apariencia influirá a la hora de obtener el dinero de los préstamos y todo lo demás.

Incluso el mayordomo que me recibió parecía sacado de un viejo filme inglés. Era estirado, impasible, frío y cortés.

Mantuve con él una educada controversia hasta que accedió a anunciarme a la señora Shulman. Ésa fue la máxima concesión que estaba dispuesto a hacer.

De modo que esperé en una pequeña biblioteca y la mujer acudió diez minutos después.

Era una dama que en sus buenos tiempos había causado furor en los ambientes donde Shulman medraba. Pero habían pasado años y de todo aquello solo conservaba la altivez y unos ojos azules tan despiadados como el filo de un cuchillo.

—No comprendo su presencia aquí, señor Farrell —me espetó de entrada—. Mi esposo nunca trata asuntos de negocios en casa.

—Éste es un caso especial, señora. Hace dos días me citó para un caso urgente. Dijo muy claro que me necesitaba. Después las cosas se han torcido y aún no he podido entrevistarme con él. En sus oficinas están inquietos, nadie sabe nada de nada y, en consecuencia, creí que debía venir a verle.

—El señor Shulman ha dado órdenes precisas de que no le moleste nadie. Está enfermo.

—Eso me dijeron.

La observé con más atención. Había algo en aquella mujer que no me gustaba.

—Entonces, señor Farrell, habrá de esperar a que él vaya a la oficina.

Sacudí la cabeza.

—No —dije—. Han ocurrido algunas cosas que requieren una explicación inmediata por parte de su marido, señora. Estoy actuando de modo que pueda protegerle en todos los terrenos porque considero que es mi cliente. Si no hablo con él ahora, la policía intervendrá y a ellos no podrá pararles los pies.

Dio un respingo y se quedó blanca.

—¿La policía? —jadeó—. No entiendo qué tiene que ver la policía con mi marido.

—Directamente, nada. Pero sufrirá muchas molestias. Por favor, ¿quiere decirle que estoy aquí? No me cabe duda que accederá a recibirme.

Me volvió la espalda y caminó, pensativa, hasta el ventanal que mostraba una porción de un cuidado jardín.

Sin volverse, sin mirarme, dijo con voz contenida:

—Eso no es posible, señor Farrell.

—Señora, tal vez no me ha comprendido usted.

Se volvió en redondo ahora. Su rostro era una máscara tensa y colérica.

—¡Le he comprendido perfectamente! Traiga a la policía, a los sucios reporteros de chismes de Hollywood... ¡Traiga al mismo demonio si quiere, pero no verá a mi marido porque no está aquí! Y ahora, puede usted irse al infierno y desencadenar el escándalo... Pensándolo bien, quizá eso me conviene.

—Si él no está aquí, ¿dónde está?

Titubeó. La cólera de su rostro se esfumó de pronto como si se hubiera quitado una máscara, y sólo quedó el rictus amargo de una mujer que fue hermosa y que el tiempo había destruido, y con la agravante de que ella lo sabía perfectamente.

—Se fue —dijo con voz ronca—. Atrapó una zorra cualquiera y se ha marchado a vivir una aventura sucia e indecente con ella.

Nadie sabe cuándo piensa volver, ni si va a volver siquiera.

—Espere un minuto... ¿Cuándo sucedió eso? Yo le vi hace dos noches y...

—¿Le vio en esa bacanal de Wilburn?

—No fue una bacanal. Su marido me había citado allí esa noche. Todo lo que hizo fue beber más de la cuenta...

Me callé su combate con la rubia opulenta, claro.

Ella sacudió la cabeza.

—Sé muy bien lo que son estas orgías. Yo misma había tomado parte en ellas cuando era más joven..., cuando Paul aún no se avergonzaba de mí. El... él telefoneó esa madrugada y dijo que iba a emprender un viaje de negocios. Eso fue todo. Si le encuentra usted, Farrell, puede decirle de mi parte que no se dé prisa en volver, porque ya he dado instrucciones a mi abogado para que curse una demanda de divorcio.

—Entiendo...

—Estoy segura de que fue en la fiesta donde conoció a la zorra que está sacándole el dinero a estas horas. Y si usted estaba allí...

No repliqué. Algo semejante a un relámpago se había producido en mi cerebro, un chispazo cegador que aclaró lo que no era más que una sombra.

La sombra de un rostro.

Tardé en reaccionar. Ella equivocó el motivo de mi desconcierto y añadió:

—Eso es lo que puede usted decirle. Voy a demandarle y que me condene si no le arruino para el resto de su cochina vida.

—Lo siento —dije—. Pero tengo la corazonada de que las cosas no son como usted cree.

—Sus corazonadas no arreglan nada, Farrell. Si eso es todo lo que tenía que decirme, le agradeceré que se vaya ahora.

—Claro, eso era todo.

Me fui hacia la puerta. Cuando la abrí, el seco mayordomo estaba al otro lado esperando para escoltarme a la calle.

Me volví hacia la mujer y pregunté:

—¿Tienen ustedes una casa en la playa, señora?

—En Malibú, aunque jamás se utiliza. En realidad... es un indecente refugio para los amigos de Paul. Pero si piensa que él puede estar allí en compañía de su zorra, olvídelo. No es tan tonto.

—Sin embargo, me gustaría saber dónde está la casa.

—En la misma playa, más allá del motel Paradise, en el primer desvío a la izquierda.

Asentí y me fui.

Algo muy sórdido estaba sucediendo sin yo comprenderlo aún. Porque ahora ya sabía por qué la rubia opulenta había pensado que yo debía acordarme de ella...

Era la dama que se había internado en la casa con Shulman para sostener su combate amoroso, la noche en que todo empezó.

Y ahora, ella también estaba muerta, con la cabeza aplastada y sus largos cabellos rubios convertidos en un casco rojo y siniestro.

Tomé el coche y conduje a creciente velocidad rumbo a la carretera de Malibú. Yo había estado seguro desde un principio que la casa de la playa debía pertenecer a alguno de los magnates de la fiesta, si es que la casa había existido. Y ahora sabía que sí existía, de modo que igual podía ser ésta perteneciente a Shulman como otra.

Las había a decenas desperdigadas por lugares solitarios y poco accesibles, la mayoría de ellas dedicadas a refugio clandestino de amores no menos clandestinos.

Llegué al Paradise Motel y continué adelante mucho más despacio, hasta que descubrí el desvío a la izquierda. Metí el auto por el camino y los baches lo hicieron saltar, como saltara el escarabajo rojo aquella noche.

Unos minutos después encontré la casa.

Sin sombra de duda, era la misma que yo recordaba.

La casa donde debía esperarme una diosa pagana, desnuda y degollada.

CAPÍTULO VI

La puerta estaba cerrada, pero recordé vagamente la jardinera donde Tania había rebuscado hasta encontrar la llave.

Allí estaba. La introduje en la cerradura y la hice girar. Oí el chasquido del mecanismo y me detuve, sin atreverme en aquel instante a empujar la puerta, porque yo sabía lo que iba a encontrar al otro lado.

Al fin me decidí.

Abrí la puerta y entré, cerrando al instante a mis espaldas como si temiera que el cadáver de Tania pudiera escapar.

Me quedé allí, muy quieto, contemplando la estridente decoración, los enormes butacones, la chimenea de bronce que ocupaba buena parte de la pared...

Y la gruesa alfombra blanca.

Inmaculada.

Sin sangre y sin cadáver.

La alfombra era la misma sin ninguna duda, pero yo recordaba muy bien el mar de sangre y el cuerpo dorado en medio, con aquel tajo en la garganta.

Sólo que no había nada de eso.

Me resistí a creer lo que veía, porque estaba seguro de que aquélla era la cabaña.

Para comprobarlo, fui al bar y eché un vistazo. Allí estaban las botellas de marcas costosas, y el depósito de hielo automático que yo había utilizado.

Quedaba otra comprobación aún. Busqué el lugar donde Tania había manipulado y hallé los controles del sistema de sonido.

Tan pronto accioné la puesta en marcha, una suave catarata de música se esparció por la estancia.

Bueno, aquélla era la casa, ni más ni menos.

Sólo que sin cadáver.

Con la música llenando el silencio, me hundí en la misma butaca donde ella se había sentado en mis rodillas antes de perder el conocimiento. Encendí un cigarrillo y traté de pensar con calma.

Aquella noche, habíamos llegado a bordo del diminuto coche deportivo de Tania. Ella había abierto la puerta utilizando la llave escondida en la jardinera, de modo que conocía bien el lugar. Sabía cómo conectar la música, dónde estaba el hielo...

Ella me ofreció un vaso, lo bebí y adiós muy buenas.

Salí de este mundo.

Eso comenzó a darme que pensar también, porque un tipo acostumbrado a beber no se apaga de tal modo con un solo trago más de la cuenta. Hace tonterías, se pone pesado, o bruto, pero no se desvanece de modo fulminante.

Bueno, Tania había puesto algo en mi bebida. Un somnífero, un narcótico, cualquier cosa que me dejó fuera de combate.

Y entonces la habían matado.

¿O no?

La alfombra, cuando la examiné pulgada a pulgada, no mostraba el menor rastro de sangre seca, ni señales de haber sido lavada.

Claro que podían haberla cambiado, pero era exacta a la otra, en todo caso.

La levanté. La sangre, al empaparla, podía haberse filtrado hasta las tablas del suelo.

Las tablas estaban limpias, y si allí había habido manchas de sangre, no cabía duda de que alguien había hecho un excelente trabajo al hacerlas desaparecer.

Volví a la butaca y encendí otro cigarrillo mirando en torno.

No podía haber soñado aquel cadáver, y toda aquella sangre.

Ni el hecho de que yo había estado en ese lugar, donde perdí el conocimiento y desperté después en un jardín privado, a más de quince millas de la playa.

Por otra parte, quedaba en pie la desaparición del pequeño coche rojo. Cuando aquella maldita noche salí de la casa, no había el menor rastro de él, así que alguien se lo había llevado.

Al fin salía al exterior. El mar parecía un espejo bruñido de sol y el agua mansa rumoreaba sobre la arena dejando blancas huellas de espuma.

No tenía nada que hacer allí. A pesar de que no había cadáver

por en medio, ahora estaba convencido de que, efectivamente, la pesadilla había sido real, puesto que aquélla era la casa.

Bueno; entonces, ¿por qué todo el mundo mentía, asegurando que la bailarina desnuda no había existido, y que yo había salido de la residencia de Wilburn inconsciente, y en el coche de Steeli?

Caminé hacia donde había dejado el coche, al final del camino lleno de baches, más allá de la arena.

El «Corvette» continuaba allí, pero había otro sedán negro detrás, medio atravesado en el camino. Tal como estaba colocado cerraba por completo el paso, así que mi humor no mejoró al verlo.

Todavía empeoró más cuando los dos tipos aparecieron ante mí, altos, fornidos, con caras de gárgola y grandes manazas.

Me miraron de mala manera y uno de ellos señaló el «Corvette».

—¿Es suyo? —Gruñó.

—Por lo menos, lo pagué yo.

—Eso queríamos saber. Vamos, tú.

Se pusieron en marcha como dos tanques pesados. Los vi venir y supe lo que seguiría si no me espabilaba, y pronto.

Retrocedí buscando desesperadamente una escapatoria.

Ellos rieron, y el que hablara antes dijo:

—No nos haga correr, Farrell, porque entonces será peor. Denos facilidades y no le romperemos ningún hueso.

—Entonces, ¿qué es lo que quieren, felicitarme las pascuas?

—Sólo darle un mensaje.

—¿Con los puños?

Eran pesados y se me ocurrió que si echaba a correr no me alcanzarían ni en dos años. Fue como si hubiesen adivinado mi idea, porque el fulano me informó:

—Sólo tenemos instrucciones de darle un repaso, pero si huye le cazaremos a tiros. Elija.

Era algo absurdo, una estupidez. Alguien les había mandado obsequiarme con una paliza.

—¿Quién les dio las instrucciones?

—Sabe que no vamos a decírselo, hombre.

De pronto saltaron hacia mí. Recibí el primer trastazo en un lado de la cabeza y me fui dando tambos hasta caer sentado con una dinamo zumbándome en el cráneo.

Se rieron y de nuevo se acercaron a mí. Me di mucha prisa por

levantarme y el más próximo lanzó la derecha contra mi boca. Pude esquivarlo, de lo contrario me hubiera tragado los dientes.

Le lancé un puntapié con toda la mala idea y tuve la fortuna de acertarle donde quería.

Aulló y resopló como una foca, doblándose angustiosamente, apretándose el lugar machacado con las manos engarfiadas.

El otro le miró incrédulo. El chilló:

—¡Mátalo, idiota!

Salté como una rana sobre el segundo, pero a pesar de su peso no era torpe y me recibió con un zurdazo que me hizo volar manoteando. Di unos cuantos tumbos y caí en la arena.

Cuando él vino hacia mí, espoleado por los alaridos de su compinche, llevaba una pistola en la mano.

Disparó una vez cuando yo rodaba como una peonza.

Se rió al ver mis esfuerzos por seguir viviendo. Aquello, para él, debía resultar tan divertido como una cacería de patos.

—¡No te muevas, Farrell! —cacareó—. Deja que éste sea un trabajo limpio... No sentirás nada, palabra.

No me moví, cuando hundió sus pies en la arena y vino hacia mí, riéndose entre dientes como si realmente aquello no fuera más que un juego.

El otro rugió algo ininteligible, hecho un ovillo en el suelo.

El de la pistola se detuvo a dos pasos de mí, apuntándome y mirándome con una mueca diabólica en su cara de gárgola.

—Bueno, Farrell, se acabó —dijo—. Creí que me darías más trabajo...

Su dedo se tensó en el gatillo. Yo volteé la mano y el cuerpo, todo a la vez. El cuerpo esquivó la bala, pero la mano arrojó un puñado de arena a su cara y le acerté de pleno en los ojos.

Dio un brinco, gritando. Trató de restregarse los ojos y me tiré de cabeza contra él. Chocamos, caímos, y le atrapé la pistola antes que pudiera disparar otra vez. Estaba ciego y aullaba como una bestia, forcejeando para soltar su mano armada.

Le golpeé con la rodilla más abajo del cinturón. Dio un alarido y se encorvó, aún restregándose los ojos.

Entonces me quedé con la pistola en la mano. Vi los pies del otro que trotaba hacia nosotros y él también tenía una pistola. No había disparado porque estábamos demasiado juntos y debió pensar que

podía volarle la cabeza a su socio.

Yo no temía nada de ese estilo. Tiré del gatillo una vez y él se detuvo en seco, con una expresión espantada en su cara.

Hice otro disparo y le vi girar sobre sus pies para caer de bruces allí donde terminaba la arena.

El cegado se revolcaba lleno de dolor y desesperación.

—¿Le diste, Sybert? —berreó, creyendo que era su compinche quién había disparado.

—¿Se llamaba Sybert? —dije—. Lo recordaré cuando encargue una corona.

—¡Le has matado! —jadeó.

—Eso puedes jurarlo sobre cien biblias y no mentirás.

—¡Hijo de perra! —boqueó, aún ciego y dolorido.

Volteé la mano y le estrellé la pistola en el pómulo. El hueso crujió al romperse. Soltó tal grito, que el eco se repitió un millón de veces mar adentro.

Estaba caído ante mí, rugiendo de dolor, cegado y rabioso como un demonio.

—Voy a volarte los sesos, piojoso —le advertí amablemente—. Sólo para que tu compinche no haga el viaje solo al infierno.

—¡No puedes asesinarme, Farrell..., eres un polizonte!

—En estos momentos, sólo soy un tipo al que has intentado acribillar como quien tira al blanco.

—¡No dispaes, Farrell!

—¿Por qué no? Escucha lo que he pensado, pedazo de basura. Cuando te haya apiolado pondré la pistola en tu mano. Eso hará volverse locos a los policías cuando encuentren vuestras carroñas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lloriqueó, apoyado de manos y rodillas en la arena, balanceando la cabeza. Los ojos debían arderle como llamas vivas, y la quijada rota seguro que le dolía también lo suyo.

—Hagamos un trato —boqueó, aterrorizado.

—¿Qué clase de trato? No dejaría de volarte los sesos ni por diez mil dólares.

—¡No, no... no se trata de eso!

—Entonces, no tienes nada que ofrecerme.

—¡Te diré quién ordenó que te diéramos el pasaporte!

—¿Y eso vale tu cochina vida?

—Sí. Farrell..., vale mucho más...

—No veo por qué.

—¡Jura que no me matarás!

—¡Qué juramento ni qué...! Habla y yo decidiré.

—Fue Piggy Dennis.

Eso me dejó helado.

Casi flotando en el aire, porque era algo demasiado grande para ser cierto.

—Estás mintiendo, pedazo de zorrino. Dennis asistió a una fiesta la otra noche, conmigo y otras gentes importantes.

—¡Fue él, palabra!

—¿Por qué quería que me dierais el pasaporte?

—El ordenó una paliza, romperle algunos huesos y decirle que dejara de meter la nariz donde no debía. Sólo si trataba de escapar debíamos meterle un plomo..., eso fue lo que dijo...

—Bueno, ¿por qué?

—No lo sé..., eso no lo sé...

Estuve dándole vueltas a la cosa un buen rato, oyendo el histérico jadeo del aterrorizado pistolero.

—Muy bien —dije al final—. Supongamos que dices la verdad. ¿Qué sucederá contigo cuando Piggy sepa que le has delatado?

—Me iré..., tengo algún dinero. Cogeré el coche y me largaré al norte, a Nueva York...

—Claro.

Pidgeon Dennis saltaría hasta las nubes si todo aquello era cierto.

—Estás de suerte, zorrino —dije—. Levántate, sube al coche y lárgate a escape, porque aún no estoy seguro de que pueda contener mis deseos de agujerearte.

Se levantó como impulsado por un resorte, parpadeando, los ojos desbordándole de lágrimas y granitos de arena. Echó a correr, saltó por encima de su compinche y en menos de un minuto hubo desaparecido con un salvaje acelerón del coche.

Arrojé la pistola al mar y yo también me largué de allí, y ahora estaba mucho más preocupado que nunca, porque nadie en toda la Costa ignoraba quién era Piggy Dennis.

A pesar de sus extensas relaciones sociales, a pesar de su elegancia y a pesar de todo lo que representaba, lo menos que podía

decirse de él es que era tan querido como la peste negra.

CAPÍTULO VII

Llamé al timbre y ella abrió, Si realmente se suponía que yo iba a llevarla a cenar a alguna parte, sin duda no estaba vestida para salir.

—Hola, señor Farrell —runroneó, cerrando la puerta y recostándose contra ella—. ¿Tuvo un accidente?

Me acaricié los moretones de la cara. Me dolían aún como recordatorio de dos bastardos menores y otro mayor.

—Tropecé —dije—. Un mal tropiezo.

La miré de arriba abajo. No llevaba gafas y su rostro resplandecía como si poseyera una luz propia. Era bello como un sueño, y sus ojos, al descubierto, tenían sombras azuladas en sus profundidades. Pensé que su boca era lo más subyugante que yo había visto en mi vida, porque parecía ofrecer todos los placeres de este mundo y algunos más.

—Me vestiré en unos momentos —dijo apartándose de la puerta—. Póngase cómodo mientras. Hay licores ahí, en ese aparador.

—No tengo ninguna prisa. Tal vez quiera hablar antes.

Se detuvo, volviéndose. Sobre su cuerpo de firmes proporciones, aquello que llevaba puesto, fuera lo que fuese, revoloteó suavemente, como acariciándole la piel con tanto entusiasmo como se la hubiera acariciado yo.

—¿Vio al señor Shulman? —murmuró.

—Nones.

—Así está realmente enfermo.

—Tengo la corazonada de que es una enfermedad muy grave.

Arrugó el ceño.

—¿Ni siquiera pudo verlo?

—No.

—Va a estallar una revolución en la empresa —dijo, pensativa—. Una auténtica revolución.

—Oiga, Lucille, ¿qué le parecen un par de tragos y un poco de charla amistosa, antes de cenar? Hay algunas cosas que usted debe saber, y otras que me gustaría preguntarle.

—Bien...

—Mi nombre es Daniel. Me llaman Dan, de modo que yo la llamaré Lucy. ¿De acuerdo?

Se fue a preparar las bebidas. Fuera de la rigidez impuesta en la oficina, se movía con una alada soltura que no dejaba en paz ninguna porción de su inquietante anatomía.

—Bueno, Dan, hable —exigió cuando me trajo la bebida.

—En primer lugar, creo que debe usted saber que Shulman se ha esfumado.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Según la versión oficial, se tomó unas cortas vacaciones con una dama. Quería revivir sus años mozos y todo eso. Su mujer ha presentado demanda de separación.

—¡Oh, no! —exclamó—. Eso no puede ser cierto... No en estos momentos.

—¿Quieres decir que Shulman no aprovecharía la oportunidad de vivir una aventura semejante con una de esas hermosas aspirantes a estrellas?

—¡Oh, demonios, claro que lo haría! Lo hizo en otras ocasiones. Pero no ahora. Si no aparece...

—¿Qué?

—Todo se hundirá. Se necesita su firma para obtener los créditos de esa superproducción que debe iniciarse el lunes. Además, sin su firma, todos los estudios presupuestarios no tienen ningún valor. El es el presidente ejecutivo. Dan...

De pronto le solté:

—¿Conoces esa casa que Shulman tiene en la playa?

—Sé que la tiene, pero nunca estuve allí.

—Supongo que todos sus compinches en el negocio sabrán dónde está...

—Cierto. Todo el mundo suele utilizarla cuando tiene alguna... este... aventura erótica. ¿Te parece que está bien expresado? —rechinó los dientes y añadió—: Organizan auténticas orgías allí entre unos y otros. ¿Sabes una cosa? Quien apenas la visita nunca es el propio Shulman.

—Por eso deja la llave bajo la jardinera.

—¿La llave? No, está en su despacho. Cuando alguno de sus amigos quiere ir a la casa de la playa, tiene que pedírsela.

—Un momento, preciosa... ¿Estás segura que la llave se utiliza de ese modo?

—Claro que estoy segura.

—¿Recuerdas quién fue el último que se la pidió?

—No sé..., tal vez ese fotógrafo, Steeli. O el señor Wilburn. De todos modos, ¿qué tiene eso que ver con que el señor Shulman se haya marchado con una chica?

—No quiero estropearle la cena. Te lo contaré al final de la noche, en todo caso. ¿Recuerdas si Piggy Dennis solía pedirle la llave de vez en cuando?

—¿El señor Dennis...? No, me parece que no.

Me recosté en la butaca. No podía despegar los ojos de ella porque era una de esas mujeres que, sin proponérselo, exigen atención preferente.

—Oye —se me ocurrió de pronto—. ¿Qué haces con ese cuerpo durante las horas de oficina?

—No divagues. Estamos hablando de algo muy grave.

—No quiero hablar más de negocios hasta después de la cena.

—¡Pero yo necesito saber a qué atenerme! Si mañana...

—Mañana está tan lejos como el planeta Marte. Todo lo que suceda esta noche debe suceder entre tú y yo, no con el negocio de Shulman por en medio.

—¿Qué piensas que va a suceder? Tú pagarás una espléndida cena y eso será todo.

—Tengo esperanzas, ¿sabes?

—¿Qué clase de esperanzas?

—Respecto a nosotros dos.

—Si estás pensando en lo que yo pienso que piensas, Dan Farrell, vale más que lo olvides.

—Otro juego de palabras como ése y te saldrá humo de la cabeza. No es un mal pensamiento, después de todo.

—¿Querer acostarte conmigo no es un mal pensamiento?

—Todo lo contrario. Pero yo no dije eso... de ese modo.

—No importa cómo lo digas, las intenciones siguen siendo las mismas.

—Y no renunciaré a ellas hasta que me convenza de lo imposible.

—Voy a vestirme. Empiezas a preocuparme.

Giró sobre los pies y se fue corriendo hacia una puerta, que cerró tras ella.

Encendí un cigarrillo. Luego fui hacia aquella puerta.

La abrí. Ella se había quitado aquella especie de túnica, y todo lo que llevaba puesto en aquel momento era el largo cabello que le desbordaba sobre los hombros.

Me dirigió una mirada capaz de fundir un iceberg.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Y cierra la puerta al salir!

—Se me ocurrió una idea. Por eso entré.

Cerré la puerta como ella había ordenado, sólo que quedándome dentro.

Atrapó la misma cosa que había llevado puesta y realizó una auténtica danza pagana para meterse dentro de ella otra vez.

Fui hacia aquella visión pensando que si se decidía a soltarme un par de bofetadas, debería poner la cara de modo que no me acertara los lugares magullados.

Ella aún tuvo tiempo de chillar un poco más cuando la atrapé entre mis brazos.

—Tengo algo que contarte —dije—. No alborotes y oirás toda la historia, del principio al final.

Dejó de pelear conmigo y con aquella extraña túnica.

—¿Qué historia, de qué estás hablando?

—Te la contaré si dejas de luchar como una amazona.

—Estoy quieta, pero no bajas las manos, sólo habla.

Su piel tenía el suave tacto del terciopelo. En mis manos la sentía vibrar llena de vida, tersa y exigente.

Era cierto que estaba quieta. Incliné la cabeza sobre ella y la besé.

Intentó echarse atrás y durante unos instantes pensé que realmente iba a sacudirme. Luego volvió a quedar inmóvil y repentinamente su boca ardió.

Fue como la erupción de un volcán, un río de fuego y lava ardiente que se extendía incontenible sobre los dos.

Sentí que subía sus manos hasta mi nuca y se colgaba de ella pesadamente. Se me ocurrió que si sus manos estaban en mi nuca,

no podía sujetar aquella cosa con que había intentado cubrirse.

Cuando nos faltó el aliento, ella jadeó:

—Dan Farrell, eres un sucio tramposo.

—Nunca lo he negado.

—No hay ninguna historia, ¿verdad? Todo ha sido un pretexto para colarte en mi alcoba.

—Ha sido un pretexto sólo en parte. Hay una historia, pero puede esperar.

Se removió entre mis brazos tratando de huir.

—¡Te dije que no bajaras las manos! —chilló.

—Las tengo quietas donde estaban, pero deberían prohibir las mujeres como tú para que los hombres no tuvieran problemas.

—Yo no soy ningún problema.

—¡Ya lo creo que lo eres! El problema que tengo entre manos justamente ahora.

—Quiero que me cuentes esa historia.

Me pareció que su voz ya no era tan exigente como antes.

Bueno, no hay ninguna historia en este mundo que no pueda esperar, cuando uno tiene una mujer como aquélla entre los brazos, está sumergido en la atmósfera perfumada de una alcoba decorada en tonos azules, y al lado hay una enorme cama estilo Hollywood que parece esperar con los brazos abiertos.

Quiero decir con todo eso, que la historia fue aplazada hasta más tarde.

Hasta mucho más tarde.

CAPÍTULO VIII

Ella llenó las tazas de café y mirándome acusadoramente dijo:

—Ahora demuéstreme que esa historia existe o me pondré a gritar.

—Tienes ideas fijas, preciosa. La historia se refiere a tu jefe.

Añadí crema al café y ella dejó de trastear en la cocina y vino a sentarse frente a mí, con su propia taza en la mano.

Se había puesto una túnica negra de pesados pliegues sobre su cuerpo desnudo. Era increíble que incluso con esa túnica que colgaba a lo largo de ella borrando por completo sus soberbias curvas, resultara tan sugestiva, tan atractiva que daba vértigo.

Quizá fuera porque yo tenía en mis retinas todavía la imagen dorada de su cuerpo y podía adivinarlo, con túnica o sin ella.

—¿En qué diablos están pensando? —me espetó.

—Contigo ahí sólo hay un tema para mis pensamientos.

—No empieces otra vez, Dan Farrell. Ya me perdí una succulenta cena. No quiero perderme ahora la historia.

—Muy bien. Según la esposa de Shulman, él ha emprendido una aventura con cierta dama. Incluso parece que telefoneó diciendo que salía en viaje de negocios. Bueno, Shulman tuvo su aventura durante la fiesta. Si entonces hubiese querido largarse de viaje con la mujer que le alegró la noche, no me cabe ninguna duda que ella habría desaparecido con él. ¿No te parece?

—Claro que sí.

—Además, Shulman me pidió que fuera a esa fiesta para hablar conmigo de negocios. Dijo que quería encargarme un trabajo importante y muy urgente. Bueno, si era muy urgente, ¿por qué se emborrachó antes de hablar conmigo, por qué se lió con una rubia opulenta y por qué no hizo nada por entrar en contacto conmigo?

—Bien, se me ocurre que si esa rubia opulenta de que hablas le mantuvo tan ocupado...

—¿Quieres decir después incluso de la fiesta, cuando se supone que se largó con ella?

—Naturalmente. Conozco bien al señor Shulman.

—La rubia opulenta no se marchó con él. Me telefoneó para que fuera a verla urgentemente, y cuando llegué acababan de asesinarla. Lucille contuvo el aliento y perdió el color.

—Es horrible... —murmuró—. ¿Crees que el crimen tiene algo que ver con el señor Shulman?

—Por lo menos, debe estar relacionado con su desaparición. Lo mismo que el otro asesinato.

Casi dio un brinco fuera de la silla.

—¿Otro? —jadeó, estremeciéndose.

Le conté el episodio vivido por mí en la casa de la playa, con la salvaje muerte de Tania y todo lo demás.

—¿Por eso te interesabas por la llave de la casa?

Asentí.

—Naturalmente, querida. Tania la encontró debajo de una jardinera, lo que indica que sabía de antemano que la llave estaría allí. Luego, cuando yo volví a la casa, la llave volvía a estar en el mismo lugar.

—Pero no comprendo por qué crees que todo eso está relacionado, y sobre todo, aún comprendo menos por qué lo relacionas con la desaparición de mi jefe.

—Tengo una teoría, linda, una hermosa teoría. Verás..., hay alguien interesado en que Shulman no entre en contacto conmigo y está decidido a evitarlo a cualquier precio. Se ocupa de que beba a chorro cuando llega a la fiesta y dispone que la rubia opulenta le tome bajo sus cuidados, a fin de llevarlo a cualquiera de las alcobas. Yo tampoco puedo entrevistarle porque él no me hace el menor caso, profundamente inmerso en el estudio anatómico de su flamante rubia opulenta. Bueno, la fiesta es aburrida y yo me dedico a beber mientras espero que a Shulman se le enfrien los ánimos y se acuerde de mí.

—Entonces, ¿crees que todo fue un complot?

—Muy improvisado, pero todo cuidadosamente planeado. Yo también debía ser puesto fuera de circulación y entonces me pusieron ante las narices la diosa pagana, la bailarina que se desnudó y me atrajo hacia el jardín.

—¡Pero me has contado que a ella la mataron en la casa de la playa, adonde te había llevado...! ¿Cómo podía estar de acuerdo con ellos, sean quienes sean?

—Eso es lo que no acabo de entender aún. Tania me narcotizó. Estuve fuera de este mundo mucho tiempo. Tal vez ella decidió sacar tajada de la situación y amenazó a alguien con decirme la verdad cuando despertara... si no le aumentaban la asignación. O quizá el cerebro del complot pensó que los únicos testigos que jamás se van de la lengua son los muertos. De cualquier modo, la asesinaron y yo viví una experiencia muy desagradable.

—Y la rubia opulenta..., ¿también piensas que quiso chantajear a alguien?

—Me habló de mucho dinero en juego, lo cual podría abonar esa teoría. Pero también es posible que el secreto que ella tuviera fuera más grave...

—¿Qué clase de secreto?

—Por ejemplo..., podía saber que Shulman estaba muerto.

La muchacha pegó un respingo y el cigarrillo que se había llevado a los labios cayó al suelo y ni siquiera lo advirtió.

—¿Muerto? —boqueó como si se ahogara.

—Ha desaparecido, ¿no es cierto? Dijo a su mujer que se iba en viaje de negocios, pero tú afirmas que, en las actuales circunstancias, no habría abandonado su despacho, así que eso es falso. Y sabemos también que no marchó con la rubia... Bueno, ¿dónde está?

—Pero todo eso, ¿por qué, Dan?

—No lo sé. Si por lo menos Shulman me hubiera indicado que deseaba de mí... Pero de cualquier modo debe tratarse de algo muy importante. Hay varios asesinatos en medio, más el complot para convencerme de que yo había sufrido una pesadilla debido al exceso de bebida, un complot en el que intervienen gentes de una categoría social y económica indiscutible, como son Steeli y el propio Wilburn. Y te apuesto que si les pregunto a los demás asistentes a la fiesta me dirían lo mismo. Y ya no hablemos de Piggy Dennis.

—¿Es cierto que Dennis es una especie de gángster?

—De altos vuelos. Es el más importante prestamista de toda la Costa, y sus intereses no son precisamente los legales. No hay negocio sucio del que él no saque una tajada..., pero ha tenido la

suprema habilidad de situarse entre la élite.

—¿Qué piensas hacer ahora, Dan?

—¿Prometes no ruborizarte si te lo digo?

Sacudió la cabeza, preocupada.

Dijo:

—No comprendo cómo le dieron una licencia de detective a un maniaco sexual. Sabes de sobra que mi pregunta se refiere a Shulman. Es necesario encontrarle, o al menos saber qué le ha sucedido.

—Nadie me ha contratado para buscarle. Lo único que me preocupa en estos momentos, aparte de las posibilidades de volver a la alcoba, es lo que Piggy Dennis tiene entre ceja y ceja respecto a mí.

—Bueno, ¿por qué no vas a preguntárselo? —insinuó sibilantemente.

—Porque esa clase de preguntas no pueden hacerse a tipos como Dennis. Además, tengo un par de puntos por investigar antes que estar en situación de aclarar las cosas con ese tiburón.

Estuvo reflexionando un poco sobre todo lo que había escuchado.

Aproveché para extasiarme un poco más en su contemplación. Mirarla, aspirar el aroma que se desprendía de ella, imaginarla en mis brazos durante los instantes de exaltación amorosa y revivir el estallido supremo de su pasión, era todo ello una experiencia tan excitante como los mismos hechos.

Al fin dijo:

—Es posible que todas estas cosas terribles no tengan ninguna relación con mi jefe, Dan. Se me ocurre que pudo marcharse con una mujer, si ella fuera realmente una novedad sensacional. No sabes si conoció a una cualquiera de esa fauna que anda a la caza de un productor como el señor Shulman. Las hay verdaderamente sensacionales, maravillosos cuerpos y hermosas cabezas sin nada dentro, pero que ellas se creen poco menos que nuevas Marilins.

—Te contradices, querida. Antes afirmabas que él no hubiera abandonado su despacho en estos momentos.

Frunció el ceño y me miró acusadoramente.

—Eso pensaba, pero también pienso que los hombres sois unos seres imprevisibles, sobre todo cuando hay unas bonitas faldas por

en medio.

—En lo que a mí respecta, no tengo nada de imprevisible.

—¿Tú crees?

—Puedes adivinar por anticipado lo que pienso hacer en estas horas inmediatas. Eso es previsible por tu parte.

—Ya vuelves a las andadas. Algo debe funcionar mal en tu cabeza, querido. O quizá se trate de tus hormonas.

—Mis hormonas están perfectamente bien, gracias. Pero empiezo a preocuparme por las tuyas, Lucy.

Se echó a reír.

—Eres imposible, Dan, querido. ¿Has llegado al final de la historia?

—Así es, aunque se trata de un final provisional.

—Entonces te diré lo que haremos...

—Bueno, no necesitas utilizar palabras demasiado gráficas para eso. Es mejor que lo hagamos sin descripciones previas.

—Que te crees tú eso. Yo iré a mi alcoba y me acostaré...

—Conmigo.

—Tú ocuparás ese diván —prosiguió como si no me hubiera oído—. Te daré una manta y podrás dormir en paz hasta la mañana.

—¿Quién quiere dormir esta noche?

—Yo, por supuesto.

—Este diván tiene muy mal aspecto para dormir en él.

—Entonces, puedes irte a tu apartamento, querido. Sólo apaga las luces cuando salgas.

Me sonrió, se levantó, giró sobre los pies de modo que la pesada túnica negra revoloteó con sus pliegues, y se dirigió a su dormitorio.

Me levanté cuando hubo desaparecido. Apagué la luz tal como me había ordenado.

La otra orden no la cumplí, por supuesto. En lugar de dirigirme a la salida, me encaminé a la puerta que ella había cerrado.

La abrí.

Fue como si se repitiera la anterior situación. La túnica negra estaba deslizándose por sus hombros, descendiendo con suavidad a lo largo de la maravilla de su cuerpo, dejando al descubierto la curva nívea de sus senos y su cintura, y las caderas...

Cerré la puerta detrás de mí con un suspiro y esta vez ella apenas protestó.

CAPÍTULO IX

Llegué a media mañana al reino del fotógrafo. Me había levantado tarde, cuando ya Lucille había desaparecido dejándome abandonado en su apartamento.

Entre unas cosas y otras sentía los párpados pesados, y tenía una alarmante tendencia a pensar más en Lucy y la noche pasada que en el acuciante problema que podía estallarme en las narices cuando menos lo esperase.

Steeli se encontraba trabajando en su estudio, rodeado de focos, cámaras, almohadones, luces y sombras.

Lo que fotografiaba cuando llegué era como pensar seriamente en cambiar de profesión.

La muchacha tendría más o menos veinticinco años, unas curvas que mareaban y un rostro bello y despreocupado.

Todo lo que llevaba puesto eran dos pequeñas prendas diabólicamente breves, salpicadas de encajes. Si en la playa se llevaran bikinis como aquél, los tumultos se sucederían uno tras otro.

Steeli me miró más bien disgustado.

—Bueno, Farrell —gruñó—, ya que ha venido, siéntese por ahí hasta que termine.

La modelo también me miró. Capté una chispa de interés en sus pupilas fosforescentes como las de una gata.

Le sonreí.

—Avíseme cuando se publique esta foto —dije—. Le prometo recortarla y ponerla en un cuadro. ¿O no se trata de publicidad y sólo estáis en plan de diversión?

Steeli soltó un bufido.

—Estas fotos son para una campaña publicitaria de ropa interior. Y le agradeceré que ahorre sus comentarios por el momento o ella se distraerá.

La muchacha asintió.

—Me distraigo muy fácilmente con tipos como usted, amigo —aseguró.

—Tómese un descanso, primor. Steeli y yo tenemos algo que hacer.

El fotógrafo soltó un juramento mientras ella le miraba interrogante.

—Farrell —masculló—, esta pájara me cuesta una fortuna cada hora de trabajo. Si cree que...

—A propósito de fortunas, Steeli, esa cámara que utiliza debe ser muy cara.

Enarcó las cejas, perplejo.

—Seguro, es de profesional. Vale casi mil dólares.

Me aproximé a él y a la cámara. La agarré, volteé el brazo y la estrellé contra la pared. Sonó como una bomba y saltaron piezas en todas direcciones.

La chica dio un grito. Steeli se quedó con la boca abierta en los primeros instantes. Luego, rojo de ira, levantó el puño.

Le golpeé en la barriga y cayó sentado al suelo, rugiendo una catarata de insultos.

La modelo saltó del pedestal de terciopelo y almohadones en que estaba y exclamó:

—¿De qué manicomio ha escapado usted, hombre?

La miré apreciativamente.

Valía la pena mirarla.

—Ponte algo encima y sal a dar un paseo. Te aseguro que Steeli te pagará ese tiempo igual que si estuvieras posando ahí.

Steeli repitió una parte de sus insultos.

La modelo debió comprender que la situación no era como para hacer preguntas y se fue de estampida.

—Levántate, piojoso —le espeté al fotógrafo—. Hay un par de cosas que tenemos que aclarar.

—Debe haberse vuelto loco...

—Creo que perdí la chaveta la otra noche, cuando por lo visto estuve en dos lugares distintos al mismo tiempo. ¿Cómo se llama ese fenómeno, Steeli, desdoblamiento de personalidad o algo así?

—Chiflado —gimoteó—. Está chiflado...

—Ahora vayamos al grano, y déjame advertirte que he agotado

mi provisión de paciencia correspondiente a toda esta semana. ¿Qué sucedió realmente la noche de la fiesta?

—¡Pero si se lo dije! Usted estaba tirado en el jardín...

Miré en torno. Había un gran foco sobre un trípode. Lo empujé y se derrumbó haciéndose añicos contra el suelo.

—Creo que no te he oído bien, Steeli. ¿Qué dijiste que pasó?

Miraba los destrozos con ojos de alucinado.

Pero insistió con voz gimoteante:

—Estaba usted tan borracho que ni siquiera se enteró de que Marshall y yo le metimos en mi coche. Yo llevaba una chica conmigo...

—Trudy, pelirroja.

—Sí..., ella estaba impaciente por llegar aquí...

Di un puntapié a otro foco y al estrellarse contra el suelo semejó una bomba. Sólo quedó de él la carcasa metálica.

—¡Deténgase, maldito! —rugió.

Se puso en pie sacudiendo la cabeza. Luego saltó y trató de cazarme con un zurdazo de campeonato.

Lo esquivé fácilmente, pero él no pudo esquivar mi derecha, que explotó en su cara como un cohete.

Se fue dando tumbos y manoteando. En su camino pilló otra cámara montada sobre un trípode y la derribó. Se hizo añicos.

El cayó sobre los pedazos y contempló desolado los fragmentos de sus focos y cámaras.

—Te vas a quedar sin material, Steeli, como te obstines en mentir. Quiero la verdad y tú eres el indicado para contármela. Empieza otra vez.

Se levantó tambaleándose, con un hilillo de sangre escurriéndose de su labio inferior roto.

—Estaba borracho, Farrell...

—Eso ya lo sé.

—Tirado en el jardín.

Se encogió instintivamente. No le golpeé a él, sino a una cámara tomavistas que había sobre una mesa. Era de gran precio, una «16 milímetros» como las que utilizan los reporteros de televisión. Cuando se estrelló contra el suelo, algo debió hacerse polvo dentro de ella, a juzgar por el ruido.

Steeli lanzó un alarido como si acabara de arrancarle la cabeza

de los hombros.

—¡Le demandaré, Farrell! —bramó—. ¡Le llevaré ante el juez...!

—Será estupendo, de veras, porque entonces habrá de explicar por qué está encubriendo un asesinato.

—¡Yo no...!

Su voz se ahogó.

—No sólo está ayudando a encubrir un asesinato, sino dos, Steeli. Y un intento de asesinato cuya víctima fui yo, de modo que ya puede empezar a pensar en unas largas vacaciones en San Quintín.

—Farrell, debe haber perdido la chaveta. Pregúntele a Trudy. Verá cómo le dice lo mismo que yo. Le llevamos en mi coche.

—Y ella estaba impaciente y me dejaron a medio camino. No lo repita, Steeli. Si usted es capaz de mentir de este modo, también mentirá la pelirroja. Deben haberla obligado a aprenderse bien la lección, así que ese testigo no le sirve.

—Por favor, Farrell..., vaya y pregunte a los demás...

—Le pregunté a Wilburn. También mintió, y en su momento le obligaré a rectificar.

—¿A Wilburn? —se mofó—. Le hará detener en menos tiempo del que se tarda en contarlo.

—También eso me gustará verlo. Sin embargo, eso no debe preocuparle ahora, porque quién está en un apuro eres tú.

—Eso me servirá de escarmiento para otra vez —musitó—. Para que cuando tenga que hacer un favor a alguien lo piense dos veces antes.

—Al grano. ¿Qué pasó, quién era la bailarina desnuda?

—¡No hubo...!

Ni siquiera terminó. Saltó en un intento de impedir que la otra cámara fotográfica que yo había atrapado saliera volando.

No lo consiguió tampoco, y cuando estalló en pedazos contra la pared, el fotógrafo se llevó las manos a la cabeza.

—Se llamaba Tania —le recordé—. ¿Quién era, quién la mató?

Quedaban otras dos grandes cámaras sobre sus trípodes, apartadas en un rincón, más los costosos focos.

Miró todo ello con ojos desorbitados. Después murmuró:

—La mató usted, Farrell.

Me quedé helado.

—Repítele eso, hijo de perra.

—Lo hizo usted en medio de su borrachera.

—De modo que ése es el cuento.

—¡No es ningún cuento!

—La maté, y todos vosotros, por espíritu de confraternidad, decidisteis protegerme incluso contra mi voluntad...

—En parte fue por eso. Pero también porque Wilburn lo decidió para evitar una publicidad muy desagradable sobre su fiesta.

—Enternecedor. Ahora dime por qué maté a Connie Landa. Cuando la rubia murió yo no estaba ya borracho. Y cuando me hayas explicado por qué maté a la rubia opulenta, habrás de explicarme también por qué razones dos matones quisieron darme el pasaporte.

Comprendí que estaba absolutamente aterrorizado ante estos nuevos hechos que él ignoraba.

—¿Te das cuenta del barrizal en que te estás metiendo?

Retrocedió y fue a sentarse en unos almohadones rojos. Encendió un cigarrillo y se quedó silencioso un largo rato.

Esperé. El tiempo trabajaba a mi favor tratándose de un tipo como el fotógrafo.

Cuando el silencio se prolongó más de lo que yo estaba dispuesto a tolerar, me fui recto hacia las restantes cámaras.

El dio un grito y levantándose trató de llegar primero, rechinando los dientes.

—¡Está bien, maldito sea! —bramó—. Fue cosa de Piggy Dennis.

—Más claro.

—El puso la bailarina como señuelo para usted. Nos pareció hasta divertido. Todo lo que nosotros teníamos que hacer era ocuparnos de que usted tuviera siempre un vaso lleno a su alcance.

—Bien, continúa. Yo me fui con Tania. ¿Qué pasó entonces?

Dennis dijo que iba a llevarse un buen chasco o algo así.

—¿Se ausentó de la fiesta?

—Sí, poco después que usted.

—¿Dónde estaba Shulman cuando Dennis se fue?

—En alguna de las habitaciones, con su rabia.

—Connie Landa...

—Sé que se llama Connie.

—Se llamaba, amigo. La mataron.

Se llevó las manos a la cara y se la restregó furiosamente.

—No sé nada de eso. ¡No quiero saber una maldita cosa, Farrell!

—Y no puede evitar saberlo y verse envuelto en todo el sucio asunto. Sigamos, y a ver si al fin me entero de cómo fui a parar a aquel jardín.

—Pidgeon regresó mucho más tarde. Estaba sombrío y nos reunió a los que quedábamos aún en casa de Wilburn. La mayoría de invitados se habían marchado ya. Dennis nos contó que había ocurrido algo terrible y que debíamos ponernos de acuerdo en declarar lo mismo todos nosotros.

—¿Les dijo qué era lo que había ocurrido?

—No con detalles, pero insinuó que Tania había sufrido un fatal accidente, y que usted estaba tan borracho que ni siquiera se había enterado, así que sería fácil ocultarlo. Todo lo que debíamos hacer cuando usted preguntase, era contarle la historia que ya conoce.

—Adelante, no se detenga ahora.

—Eso es todo por lo que a mí respecta.

—¿Pretende que crea que una cosa así fue aceptada por todos, sin más ni más?

—Viniedo de Piggy Dennis, sí. Quien más quien menos, está algo entrampado con él. Nos ha prestado grandes sumas en momentos de apuros. Algunos aún estamos devolviendo ese capital más los intereses. Además, usted sabe la clase de tipo que es él.

—Cuando Dennis regresó, ¿dónde estaba Shulman?

Arrugó el ceño tratando de recordar.

—No lo sé. Ni siquiera había vuelto a pensar en Shulman después que tuvimos esa reunión. Ahora me doy cuenta de que no volví a verlo desde que subió a la habitación con la rubia.

—¿Y a la rubia, la viste alguna otra vez?

—Tampoco.

—¿Pudieron haberse marchado sin ser vistos?

—Sí, claro... hay otras salidas de aquella casa. Incluso hay una puerta trasera en el jardín, cerca del garaje.

—¿Qué pasó después de la reunión, qué hizo Dennis?

—No lo sé. Marshall y yo nos marchamos. Me llevé a Trudy conmigo y Marshall se fue con otra chica.

Wilburn y Dennis se quedaron en la casa, hablando y bebiendo.

—Así que sólo porque Piggy Dennis lo ordenó, todos se

arrodillaron adorando al gran bastardo. Todos estuvieron de acuerdo en encubrir un crimen.

—El no dijo que hubiera sido un crimen, sino un «accidente fatal». Por otra parte, con Dennis no se puede jugar, eso lo sabe usted tan bien como yo mismo, Farrell. Tiene atrapada a la mitad de la población de Hollywood con sus préstamos, sus protecciones... No hay cosa que caiga en su mano que no se corrompa, sea hombre, mujer o intereses.

En eso tenía razón. Los modernos Shiloks como Dennis son mucho más numerosos de lo que piensa la gente, y ellos saben cómo sacar el mejor partido de cada uno.

—Volvamos a Shulman —dije—. El me citó en la fiesta. Insistió en que fuera allí porque quería que yo hiciera un trabajo para él. Yo también tengo mi reputación en esta parte del estado, y si Shulman quiso hablarme allí sería por una razón muy concreta. Bueno, ¿qué pasó, te fijaste en quién se empeñaba en hacerle beber?

—No; pero desde que llegó estuvo acosando a aquella rubia. Ya vino un poco achispado, así que por poco más que bebiera no debió tardar en perder la brújula. Luego, se esfumaron hacia el piso alto y ya no supe nada más de él.

—Ahora, sólo dime quién era Tania y te dejaré en paz para que sigas fotografiando chicas en braga y sostén.

—¡Fotografiarlas! ¿Con qué, maldito sea usted?

—Al grano. ¿Quién era la chica que se desnudó en la fiesta?

—Tania Germán. Había sido la chica de Piggy Dennis hace algún tiempo.

—Ya veo...

—Ahora, por favor —rechinó—, lárguese al infierno, Farrell, ¿sí?

—Seguro. ¿Cuándo le pediste la llave de la casa de la playa a Shulman por última vez, Steeli?

—Hace tiempo..., dos o tres meses.

Lo dejé. Podía haberme mentado, claro, pero yo estaba casi seguro de que había dicho cuánto sabía de todo el maldito asunto.

Miré un instante los destrozos del estudio. Steeli me odiaría el resto de su vida, pero eso era algo que no me quitaría el sueño.

Piggy Dennis, en cambio, sí.

CAPÍTULO X

Llamé a la oficina de Shulman a mediodía con la esperanza de que Lucille quisiera almorzar conmigo.

—Dispongo sólo de una hora —dijo—. Hay un restaurante al lado de las oficinas.

—Estaré ahí en quince minutos. ¿No se ha sabido nada de Shulman?

—Ni una palabra. Esto es un manicomio.

—Me lo contarás cuando te vea.

Colgué y emprendí el camino.

Ella estaba esperándome cuando llegué. Me senté a la mesa después de estrujarle los labios como saludo, y ella susurró:

—Afortunadamente, aquí no tienes ninguna alcoba donde sorprenderme.

—Tú querías ser sorprendida, amor mío, así que no organices una representación de honor maltrecho y todo eso. ¿Qué pasa en las alturas, lo sabes?

—Todo el mundo anda cabeza abajo. Los altos jefes convocaron una reunión esta mañana para intentar sacar adelante los presupuestos de la película que empieza a rodarse el lunes. No sacaron nada en claro. Luego, discutieron sobre el financiamiento... Bueno, aún sacaron menos. Tal como yo entiendo la situación, no hay dinero.

—Entonces, ¿cómo pensaban iniciar el rodaje sin capital?

—Shulman lo había hecho otras veces. Créditos, financiamiento de los distribuidores, préstamos a plazo fijo y esas cosas. Estamos en un auténtico apuro.

—Nunca he comprendido bien el funcionamiento de las grandes productoras. Uno creería que sin dinero en mano no hay película...

—El caso es que debería haber dinero. Las últimas producciones están rindiendo grandes sumas. Son éxitos de taquilla. Pero sin

Shulman nadie se aclara.

El camarero se aproximó. Hicimos nuestro pedido y ella sonrió.

—Anoche —dijo— te ahorraste la cena, grandísimo tacaño. Pero esta comida va a costarte el doble. ¿Te fijaste en lo que pedí?

—Tengo otras preocupaciones...

—Seguro. Apuesto que anoche te decidiste a invadir mi alcoba precisamente para no tener que salir a cenar.

—Ayer necesitaba consuelo. Me habían apaleado y casi asesinado. Y tú eras mi único refugio. De todos modos, eso fue anoche, y ahora hay cosas más importantes que hacer en lugar de echar de menos una alcoba.

—¿Qué cosas, Dan?

—Háblame de Piggy Dennis. ¿Tiene negocios con la productora de Shulman?

—Algunas veces ha invertido dinero en ella, pero métete en la cabeza que no es «la productora de Shulman». El es el presidente ejecutivo, pero en realidad hay un consejo, y unos accionistas que quienes se dan a todos los diablos mientras Shulman no aparezca. Pero en lo referente a Dermis, no tiene el menor significado. Otros muchos prestamistas de capital hacen operaciones en la industria y tú lo sabes.

El camarero apareció y empezó a servirnos. Me maravilló la cantidad de platos refinados que ella fue capaz de engullir.

Sin la menor duda, estaba resarciéndose de la cena perdida.

¿Perdida?

Para mí no lo había sido.

Cuando estábamos saboreando un café negro, Lucille me miró fijamente y preguntó:

—¿Para quién estás trabajando en este caso, Dan?

—En primer lugar, para mí mismo. No quisiera verme envuelto en un enredo como éste. Y en segundo lugar, quiero saber qué ha sucedido con Shulman. Después de todo, él intentó contratarme.

—Mucho me temo que nadie pague tu factura esta vez.

—Ya imagino que no... ¿Oíste hablar alguna vez de una pelirroja llamada Trudy Holms?

—¿Hoy tienes programada una pelirroja?

—A menos que tengas otras ideas respecto a esta tarde, sí.

—¿Es que no puedes pasar ni un solo día sin llevar una chica a

la cama?

—No, si puedo evitarlo. Pero en esta ocasión se trata de negocios. Es una dama que espera su oportunidad en la pantalla, y mientras cultiva... este... un círculo de amistades que puedan ayudarla.

—No sé nada de ella. Como la que describes, las hay a millares aquí.

—Algunas están inscritas en las oficinas de producción.

—Muchas de ellas, además de estarlo también en sus agencias de representación.

—A cambio de esta ruina de comida, trata de encontrar su ficha en la productora, y si está allí anota la dirección.

—¿Es muy importante?

—Tal vez no, pero es una posibilidad.

Asintió con un gesto.

La acompañé al edificio donde se alzaban las oficinas de la productora, nos despedimos con otro apretado beso y antes de separarnos, ella murmuró:

—Tengo otra túnica de terciopelo roja, ¿sabes?

—¿Parecida a la negra de anoche?

—Muy parecida.

Asentí.

—Esta noche veré cómo te sienta. Y no necesitas llevar demasiadas cosas debajo, a mi entender.

Desapareció en un ascensor y yo me largué a realizar una discreta encuesta.

Hice no menos discretas preguntas respecto a Piggy Dennis para averiguar los lugares donde solía estar y a qué horas.

Una hora más tarde sabía unas cuantas cosas sobre el gran tiburón.

Entonces llamé a Lucille.

Su voz parecía música en mi oído.

—Esa tal pelirroja —refunfuñó—. Ya sabes, Trudy Holms. Vive en Hermon Street, siete uno.

—Eres un encanto, Lucy. ¿Qué diablos haría yo sin ti?

—Dormir solo —dijo, y colgó.

En eso tenía razón.

CAPÍTULO XI

Abrió la puerta y se quedó mirándome intrigada.

Su cabello era una llama viva, sus ojos tenían toda la experiencia que se adquiere a cosía de tropiezos y renunciadas en un lugar condenadamente despiadado como Hollywood y sus alrededores, y en cuanto a su boca, uno todavía podía perder la brújula por besarla.

Lo que había más abajo de esa cara era un cuerpo sinuoso, unos pechos altivos que amenazaban con agujerear la fina seda que los cubría, y unas caderas soberbias como inicio de unas piernas largas, estilizadas y cuidadas que mostraba casi en su completa extensión, porque llevaba puestos unos pantaloncitos blancos diminutos y que realzaban el color tostado de su piel.

Enarcó las cejas al verme.

—Usted estuvo en la fiesta de Wilburn —exclamó.

—Y usted también. La recuerdo perfectamente.

—Pase...

Entré y vi un apartamento pequeño, bien decorado y con muebles que debían costar mucho más de lo que una chica en su situación podía permitirse.

—No es gran cosa —dijo, haciendo un ademán circular—. Pero así y todo cuesta un ojo de la cara.

—Dígamelo a mí. Yo también vivo solo.

—No recuerdo su nombre.

—Dan Farrell.

Hubo un silencio. Lo rompí al fin.

—Hay un pequeño problema referente a la noche de la fiesta... ¿Le importaría decirme con quién se fue usted de ella?

—Con Jonathan, por supuesto.

—¿Steeli?

Asintió. Sonrió y dijo como si recitara una lección bien

aprendida:

—Claro que usted no puede recordarlo... Estaba inconsciente cuando lo sacamos de allí.

—Deje eso, linda. He tenido un sincero cambio de impresiones con Steeli, así que no necesita mentir.

—¿Steeli le ha dicho...?

—Todo.

Sacudió la cabeza.

—No comprendo —musitó—. El señor Dennis dijo...

Se interrumpió al darse súbita cuenta de que estaba metiendo la pata hasta el muslo.

Claro que eran unos muslos preciosos.

Ése era el talento de esas aspirantes a estrellas.

—Está bien —dijo disgustada—. Odio verme metida en líos ajenos. Si Steeli le ha dicho lo que en realidad sucedió, no tengo nada que añadir.

—Quiero oírlo de su boca, Trudy, sólo para quedar tranquilo.

—No pasó nada. Me fui con él a su estudio. Le conocí cuando actué de modelo para unas fotos de promoción y ambos nos caímos bien el uno al otro.

—Comprendo. Fue Dennis quien les dijo lo que debían declarar si yo les preguntaba, ¿no es cierto?

Asintió. Ahora ya no me quedaban dudas.

—¿Recuerda si vio a Shulman después que yo me hube marchado?

—No..., pero sí recuerdo que se dio mucha prisa en acosar a su rubia... ¡Madre mía! Cualquiera hubiera dicho que era la primera vez que podía llevarla al piso de arriba.

—¿Y no era así?

Se echó a reír.

—Connie y él habían repetido la escena tantas veces, que habrían podido rodarla sin ensayo previo. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Creo que sí. Eran viejos conocidos.

—Por decirlo en forma delicada, sí.

—Gracias por todo, Trudy.

—¿No quiere quedarse un rato, Farrell? Hoy no tengo nada que hacer. Ni fotos ni nada...

—En otra ocasión quizá, linda, pero hoy tengo un trabajo endiablado.

—¿Qué clase de trabajo, querido?

—Decirle a Dennis que es un mentiroso.

Se quedó boquiabierta y yo aproveché para marcharme.

La chica era un monumento viviente, como suele decirse, pero si se comparaba con Lucille... Bueno, eran distintas, y en todos los conceptos, Lucy se alzaba con el trofeo.

Así que me largué y emprendí el viaje hacia lo que bien podía resultar una entrevista un tanto complicada.

Había elegido esa hora de la tarde para enfrentarme a Piggy Dennis, porque sabía que la dedicaba a uno de sus negocios perfectamente legales, con oficinas, personal que no tenía idea de la clase de pájaro que era su patrón, y visitantes que se habrían asombrado mucho si ante sus narices se cometiera un asesinato, por ejemplo.

Llegar hasta él ya fue algo más complicado. Pude escalar los peldaños hasta la oficina de una dama de busto prominente, cintura estrecha y ojos inteligentes, sobre cuya mesa de trabajo había una plaquita con su nombre:

«Marcia Bailey».

Allí las dificultades se acentuaron, hasta que aseguró:

—A pesar de no haber sido citado, de no tener pedida una entrevista con antelación y todos esos formulismos, dígame a Piggy que Dan Farrell está aquí y no se irá sin verlo.

—¿A quién, qué nombre dijo?

—Piggy.

—Temo que no comprendo sus intenciones, señor Farrell. El señor Dennis nunca...

—No lo repita, nada más anúnciame o pasará sin ese formulismo.

Titubeó, roja de indignación.

Había algunas otras empleadas un poco más allá que simulaban trabajar afanosamente, pero cuyas orejitas estaban pendientes de nuestra escaramuza.

Al fin tomó un teléfono de comunicación interior y claudicó.

—Un tal señor Farrell está aquí, señor —dijo muy estirada—. Insiste en pasar a su despacho y no... no admite razones, señor Dennis.

Escuchó unos breves instantes. Luego, sus cejas se alzaron, escandalizadas, y susurró:

—Muy bien, señor Dennis... Sí, señor Dennis...

Colgó, controlándose.

—Le recibirá dentro de un minuto, señor Farrell —dijo, como si eso la disgustara profundamente.

Esperé. Fueron algo más de un minuto, pero al fin un zumbador sonó en la mesa de la dama de pecho desarrollado, y la voz metálica del gran buitre ordenó:

—Haga pasar al señor Farrell.

Tenía un despacho acorde con su supuesta posición.

También su cara, en esta ocasión, mostraba la expresión de un honesto hombre de negocios sorprendido en plena tarea.

—¡Caramba, Farrell! —exclamó—. Espero que se haya recuperado de la experiencia de la otra noche. Siéntese...

Me senté y dije, sacando un cigarrillo:

—¿A cuál de ellas se refiere? Tuve varias... y muy desagradables.

—Hombre, cualquiera que beba lo que usted bebió, forzosamente debe tener un despertar desagradable.

—Y usted que lo diga. Cuando desperté me encontré con un cadáver y un mar de sangre.

Se echó atrás en el sillón y exclamó:

—¿Bromea usted, Farrell?

—Nunca, con cadáveres por en medio. Dejémonos de dar vueltas y vayamos al grano, por favor. Usted organizó muy bien la trama, y se hubiera salido con la suya si yo hubiera tardado más en despertar.

—¿De qué está hablando?

—De su exchica degollada. Ya sabe, Tania. Usted les dijo a los demás que había sucedido un trágico accidente. No fue ningún accidente. Como tampoco lo fue el asesinato de Connie Landa, ni el intento de convertirme en difunto por parte de sus dos embajadores. Después de todo eso, Dennis, ¿es preciso andarnos por las ramas?

—No le comprendo, Farrell. Si realmente cree todo eso de mí, ¿a

qué ha venido?

—Quiero saber por qué. ¿Entiende? Y quiero saber qué fue de Shulman, por qué desapareció.

—Y espera que yo le cuente todo eso...

—Sí, Dennis, eso es exactamente lo que espero.

—Si en realidad me acusa de todas esas barbaridades, ¿por qué no ha acudido a la policía?

—¿Y quién le dice a usted que no acudí?

Sacudió la cabeza.

—No hubiera venido solo en ese caso.

—Tampoco sabe si hay o no polizontes esperando abajo, para subir a una indicación mía.

—Usted no suele jugar de ese modo, Farrell.

—No perdamos tiempo, Dennis. ¿Por qué organizó esa sangrienta trama?

—No sabe usted ni donde tiene la mano derecha. Yo no organicé nada de eso..., sólo intenté arreglar un poco una cosa que estaba a punto de estallar.

—No me diga.

—Y ahora, ¿le importaría dejarme trabajar? Tengo mucho que hacer esta tarde.

—Me parece que a partir de ahora sus ocupaciones van a cambiar sustancialmente. ¿También enviándome dos matones trataba de arreglar la situación?

—Eso es lo único que admito, Farrell. Aunque estoy muy intrigado por saber lo que hizo usted con ellos.

—Uno murió. Lo dejé en la playa. El otro tomó el coche y decidió que el clima de Los Ángeles era demasiado insano para él.

—Ya veo...

Le vi ponerse tenso de cólera. Luego se relajó y levantando la voz ordenó:

—Ya puedes entrar, Stoner.

Me volví a tiempo de ver abrirse una puerta del fondo del despacho. Un tipo enorme se coló por ella.

—¿Oíste lo que dijo Farrell? —preguntó Piggy.

—Claro que sí.

—Mató a uno de los chicos.

—Sí.

—Habrá que hacer algo sobre eso, Stoner.

—Déjelo de mi cuenta.

Me levanté cautelosamente.

—¿Va a armar una batalla campal en estas oficinas, Dennis?

—Las paredes son a prueba de ruidos. Pero de todos modos, no habrá ninguna batalla campal. Tan pronto Stoner le ponga las manos encima, perderá todo entusiasmo por la lucha.

El gorila vino hacia mí balanceándose pesadamente. Cerró sus manazas y quedaron convertidas en dos voluminosas rocas.

Retrocedí a medida que él avanzaba. No se alarmó porque yo no iba en dirección a la puerta.

—Cuanto más tiempo me haga perder —dijo—, más me enfadaré.

—¿Debo darte facilidades?

—Sabe que no tiene escapatoria.

Me apoyé en una silla. Mis piernas no estaban muy seguras, pero aparenté que me temblaban mucho más.

Dennis rió. No se había movido de su sillón.

El gorila llegó a dos pasos de mí. Abría y cerraba los enormes puños. Enseñó los dientes en una mueca y se decidió.

Yo también me decidí. Había estado esperando justamente que él diera otro paso.

Levanté la silla y la voltee violentamente. Dennis gritó una advertencia, pero el enorme individuo era demasiado pesado y recibió el silletazo en mitad de la cara.

Lanzó un alarido y cayó de rodillas, la cara aplastada y convertida en un mar de sangre. Dennis se levantó por primera vez, bramando algo.

La silla se había hecho pedazos, pero yo aún conservaba una de las patas en la mano.

La utilicé como una porra y la sacudí en la nuca del gorila. La pata de la silla se partió por la mitad y la pequeña cabeza del gran tipo también.

Cayó de bruces y dejó de lamentarse. La sangre comenzó a empapar la costosa moqueta del despacho.

Me volví hacia Piggy Dennis echando chispas.

El tenía una pistola en la mano, aunque estaba indeciso.

—Si cree que a tiros arreglará esta situación —dije, jadeando—,

está loco, Dennis.

—No me deja usted opción, Farrell. Tengo un negocio de dos millones casi en la mano y no voy a dejar que usted lo estropee.

—¿Dos millones?

Mi voz pareció un balido.

—En metálico, contantes y sonantes. Tuve la esperanza de que usted desistiría, de que olvidaría un embrollo en el que no iba a ganar nada. Me gustaría arrancarle la piel a tiras por obligarme a hacer esto por mi mismo...

—¿Ha pensado cómo sacará mi cadáver de aquí, si dispara ahora?

—Lo pensaré en su momento.

Yo aún conservaba en la mano el último pedazo de silla. Era pequeño y no servía para golpear ni a una mosca.

Sin embargo, lo arrojé con fuerza contra Dennis, y él disparó.

Pero yo me ladeé al mismo tiempo, y él se echó a un lado para eludir el pedazo de madera, y entre una cosa y otra falló el primer tiro.

Para cuando disparó el segundo, yo estaba rodando como una pelota mientras hundía la mano en la axila.

Hizo un tercer disparo y la bala me alborotó los cabellos. Era un tirador pésimo, claro que no tenía práctica. Los trabajos de pistola los llevaban a cabo sus esbirros.

Entonces disparé yo, y en mi caso sí tenía práctica. Sesiones semanales de tiro en los túneles de la policía mantenían mi pulso seguro como una roca.

Se encogió sobre sí mismo con toda la angustia del mundo reflejada en su cara. La pistola escapó de sus dedos y al fin se derrumbó de bruces sobre la mesa, quejándose casi sin voz.

Me acerqué a él y agarrándole los cabellos le levanté la cabeza. Me miró y en sus ojos había todo el odio del infierno.

—No quise que esto acabara así, Dennis. Usted me obligó.

—¡Un médico... aún puede salvarme..., llame un médico...!

El mismo alargó una mano que temblaba violentamente hacia el teléfono. Le golpeé los dedos antes que pudiera alcanzarlo.

—Lo llamaré, Dennis, pero sólo cuando me haya contado la razón de todo esto. De las muertes de las chicas, de la desaparición de Shulman, seguramente muerto también... Quiero saberlo todo,

de modo que si se da prisa, el médico aún llegará a tiempo.

—¡Es usted... una mala bestia...!

—Aprendí en una escuela muy dura, con profesores como usted, Piggy. ¿Qué decide?

—Se lo diré..., maldito sea...

Así fue como empezó a hablar y yo supe al fin la razón por la cual había estado a punto de morir.

CAPÍTULO XII

Detuve el «Corvette» a la sombra del cañizo, junto a otros muchos autos llenos de polvo.

Miré en torno y vi el clásico paisaje de un motel próximo a la playa, pero lejos de todo lugar habitado. Uno puede inscribirse en ellos con cualquier nombre, y declarar una matrícula de coche tan imaginaria como el nombre, con la absoluta seguridad de que el encargado no se molestará en rectificarla.

Eso, suponiendo que uno se presente en compañía de una bonita chica, por supuesto. Un tipo solo, en estos lugares, es objeto de inmediatas pesquisas por temor a que sea un chivato, o un detective privado de los especializados en casos de infidelidad y divorcio.

Afortunadamente, yo no tenía que inscribirme.

Caminé a lo largo de un seto hasta una piscina enorme con forma de riñón. Había una gran abundancia de carne morena expuesta al sol mortecino de la tarde. Carne de rubia, de morena, de pelirroja y de todos los colores del arco iris, y de algunos que la naturaleza no imaginó jamás.

Rodeé la piscina bajo las miradas interesadas de todas aquellas damas y de algún que otro caballero, un tanto alarmado por mi intrusión.

El edificio de media luna terminaba un poco más allá de la piscina, salpicado de pequeñas terrazas. Lo dejé atrás dirigiéndome hacia las cabañas individuales.

Me detuve en una de ellas y escuché a través de la puerta. Oí canturrear a una mujer. Giré el tirador y me colé dentro, cerrando tan en silencio que ella tardó casi un segundo en darse la vuelta.

Estaba desnuda como el día que vino al mundo. Sin embargo, el hecho de ser sorprendida de semejante manera no pareció alarmarla demasiado.

—Salga de aquí —dijo con voz contenida—. Salga o empiezo a

gritar.

—Grite.

Abrió la boca, pero no para gritar, sino porque se quedó estupefacta.

Al fin, atrapó el mantel de la mesa y se envolvió con él. Apenas alcanzaba para cubrir su increíble desarrollo pectoral.

—¡Largo de aquí! —barbotó—. ¿Qué diablos pretende...?

—Creo que será mejor que te vistas, nena. Las vacaciones han terminado.

—¿De qué está hablando?

De pronto, él apareció por una puerta. Llevaba ropas veraniegas, deportivas. Estaba abrochándose la camisa.

Se quedó muy sorprendido al verme.

Luego miró a la chica y sacudió la cabeza.

—Debí imaginar que me encontraría, Farrell.

—Hola, señor Shulman.

El miró a la muchacha nuevamente.

—Vístete y sal a dar una vuelta.

—Pues sí que... Me pondré el bikini.

—¡Date prisa!

Se deslizó dentro de la habitación interior. Mientras esperábamos, ninguno de los dos dijo una palabra.

Luego, ella reapareció llevando un bikini que apenas lo era, porque había que forzar la vista y la imaginación para captarlo. Hizo un saludo burlón y se fue hacia la piscina.

Shulman gruñó:

—Bien, ya que está aquí, hable. ¿Quién le encargó rastrear a mi mujer?

—No. Ella sólo dijo que no se diera prisa en volver, porque ha presentado una demanda de separación.

—Eso me importa tanto como un maldito centavo de plomo.

—También dijo que piensa arruinarle con lo que va a pedir en su demanda.

—Ahí es donde se llevarán la gran sorpresa. Pero si no fue ella, ¿quién le contrató para buscarme, la productora?

—No, Shulman. Fueron Tania, y Connie Landa...

Vi el relámpago en su mirada. Había comprendido que lo «sabía», así que eran inútiles los rodeos.

—¿Cómo lo averiguó, Farrell?

—No lo averigüé. Yo iba a cazar a Piggy Dennis por todo eso, porque fueron sus hombres los que intentaron quitarme de la circulación.

—¿Entonces...?

—Dennis habló.

—¿Y qué? El no sabía...

—Sí, sabía, Shulman. Incluso sabía dónde estaba escondido. Me contó toda la historia a cambio de que yo llamara a un médico porque estaba muriéndose.

—¿Muriéndose...?

—Tenía una bala en la barriga.

—Ya entiendo..., pero él no podía saber...

—Sabía que usted había estafado a la productora dos millones y medio de dólares. Que intentaba abandonar el país con el dinero, y que había matado a esas dos pobres muchachas, sólo porque secundaron sus planes, sin saber siquiera qué clase de negocio se ventilaba. Pero eran testigos... y usted los eliminó. Lo que falta saber es por qué infiernos me citó en la fiesta.

Se recostó contra el quicio de la puerta. Era un hombre de cincuenta y tantos años que empezaba a engordar. Tenía cabellos grises, pero todavía conservaba cierta presencia y un afán desmedido por todos los placeres de este mundo.

—Lo planeé todo al detalle —murmuró—. Le llamé para simular que Dennis intentaba extorsionarme, así, cuando yo desapareciera, usted sospecharía de él. Posiblemente, metería incluso a la policía en el asunto. Mientras tanto, todo el mundo creería que yo había sido asesinado y mi cadáver hecho desaparecer por la gente de Piggy Dennis...

—Ya entiendo. Sólo que él era demasiado inteligente para usted. Le conocía, sabía de las interioridades de la productora porque había invertido dinero en sus películas de vez en cuando. Ideó dejarle seguir adelante, Shulman. Luego, él se quedaría con dos millones de su dinero, dejándole medio a usted para que se largara lejos de aquí.

Sacudió la cabeza.

—Muy propio de él —murmuró—. ¿Qué espera usted que haga yo ahora?

—Acompañarme a la policía, por supuesto. Y lleve el dinero con usted, o esa pequeña zorra que se trajo se morirá del susto, si llega a ver tanto reunido.

Asintió como si hablara consigo mismo.

—De acuerdo —dijo, abatido—. Lo único que lamento, es tener que volver a soportar a mi mujer... aunque sea a través de una reja. Todo lo hice por escapar de ella, por romper con una estupidez rutinaria llamada matrimonio.

—Acabe de vestirse y nos iremos, Shulman.

Entró en el dormitorio. Yo me deslicé silenciosamente hacia el lado opuesto del cuarto, de modo que cuando, un instante después, apareció de un salto con una pistola en la mano, disparó instintivamente hacia donde había estado segundos antes.

—¡Suelte esa pistola, Shulman, eso no es para usted!

Se giró, furioso. Apreté el gatillo y le metí una bala en la clavícula. Giró sobre sí mismo, pero aún intentó disparar otra vez, porque nadie se resigna a perder dos millones y medio de dólares, y la vida por añadidura.

No pude hacer otra cosa más que disparar antes que él. Y esta segunda bala, más precipitada, le atravesó el pecho un poco más abajo que la primera.

El golpeó contra la pared y cayó. La pistola escapó de sus dedos, y todo lo que pudo haber hecho para seguir viviendo y disfrutando de una vida pervertida y sucia quedó fuera de su alcance.

Sonaban voces por todas partes. La gente acudía alarmada por los disparos. Abrí la puerta y les grité que llamaran a la policía y volví a cerrar.

Levanté el cuerpo de Shulman para colocarlo sobre la cama. Me miró con ojos turbios. Gimoteó un poco y luego perdió el conocimiento.

Poco después llegaron los policías.

Llamé al timbre y hube de repetir la llamada antes de que ella acudiera. Sin abrir preguntó:

—¿Quién es?

—Dan. Abre, preciosa, necesito consuelo.

—¡Tú, maldito...!

Pero abrió una rendija y me miró, mostrando solo la cara. Sus largos cabellos estaban húmedos y su piel se veía fresca y limpia de

maquillajes.

—¿Estabas en la ducha?

—Acababa de salir —rechinó—. ¿Qué te pasa ahora? Teníamos una cita a las ocho. Son las once de la noche, así que buenas noches, señor Farrell.

—¡Eh, espera un minuto! El caso ha terminado. Encontré a Shulman.

Desorbitó los ojos.

—¿Es cierto eso?

—Claro.

—¿No es otro de tus trucos para que te deje entrar?

—Palabra de honor.

Vaciló. Luego dijo:

—Bueno, cuenta hasta veinte y luego entra y cierra la puerta.

—¿Quieres decir que estás...?

—¡Maldito seas! Acababa de salir de la ducha. ¿Cómo quieres que esté?

Desapareció de la rendija.

No contó hasta veinte, claro.

Ni siquiera hasta diez.

Sólo empujó la puerta y entré, cerrándola apresuradamente.

Ella se detuvo junto a la puerta de su cuarto.

A lo largo de su piel se deslizaban diminutas gotas de agua.

—No te apresures —dije—. ¿Para qué?

Con un gesto brusco arrojó la toalla que llevaba en la mano y esperó a que yo fuera hacia ella.

Y fui, claro.

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

Precio en España: 25 ptas.

